

---

# AMAR POR RAZÓN DE ESTADO

---

Personas que hablan en ella:

- **Carlos, DUQUE de Cleves**
- **La DUQUESA, su esposa**
- **LEONORA, viuda**
- **ISABELA, dama**
- **ENRIQUE, caballero**
- **LUDOVICO, marqués**
- **RICARDO, viejo**
- **Dos CRIADOS**

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen LEONORA y ENRIQUE a una ventana, de la cual  
pende una escala*

LEONORA: Enrique, el sol nos da prisa;  
con esperezos la aurora,  
si celosa de mí llora,  
mis pesares le dan risa.

ENRIQUE: ¡Qué presurosa que pisa,  
mi bien, el cóncavo espejo,  
de sus celajes bosquejo!  
¡Qué bien muestra a su pesar,  
en su mucho madrugar,  
que tiene el marido viejo!  
¡Oh! ¿Quién candados pusiera  
a las puertas de su oriente,  
porque presa eternamente,  
eterna mi dicha hiciera?  
¡Quién, rompiendo la vidriera

por donde su luz traspasa,  
pusiera a sus cursos tasa  
e impidiéndola el correr,  
la hiciera, pues es mujer,  
que aprendiera a estarse en casa.

¡No estuviera yo en Noruega,  
donde hay noches tan corteses,  
que regalan por seis meses  
a quien a su clima llega!

LEONORA: Si Amor en ellos sosiega,  
¿de qué, mi bien, serviría  
tan prolongada alegría,  
habiéndola de lastar  
llorando, con esperar  
otros seis meses de día?

No alargues con dilaciones  
recelos de nuestro daño;  
mira que a dichas de un año  
riesgo de un instante pones.  
Baja, mi bien.

ENRIQUE: Escalones  
de mi muerte bajaré.

*Baja el primer paso*

¿Cuándo a verte volveré?

LEONORA: ¿Eso pregunta quien ama,  
y ausente del sol la llama,  
de su fuego esfera fue?

Mientras está en Belpaís  
el Duque, y la noche oscura  
miedos del sol asegura,  
¿qué preguntas?

ENRIQUE: ¡Vos decís  
que me amáis, y permitís  
que me vaya!

LEONORA: Es el temor  
ayo cruel del honor,

y el sol que a nacer empieza,  
en su misma luz tropieza  
por descubrir nuestro amor.

¿Bajaste ya?

ENRIQUE: El primer paso.

LEONORA: Adiós, pues.

ENRIQUE: Oye de aquí  
quejas del alma.

LEONORA: ¡Ay de mí!  
Vete, Enrique, y habla paso.

ENRIQUE: Si hicieras, Leonora, caso  
de mis penas...

LEONORA: Si te ve  
el sol...

ENRIQUE: Ya, mi bien, bajé  
otro escalón; que violenta  
mi fe, los pasos me cuenta,  
y no la haces de mí fe.

LEONORA: Repara, amores, por Dios,  
que no es amante discreto  
quien pone a riesgo el secreto.

ENRIQUE: Reparad en mi amor vos.

LEONORA: Voyme.

ENRIQUE: Ya bajé otros dos.

LEONORA: No ocasiones mi cuidado.

ENRIQUE: Mi bien, ¿pues qué juez no ha dado  
lugar que en cada escalón  
siquiera hable una razón  
el más vil ajusticiado?

LEONORA: Mira que ya son las hojas  
ojos de Argos, que nos ven  
de este jardín.

ENRIQUE: ¡Ay mi bien!  
Yo te adoro, y tú te enojas.

LEONORA: Temo.

*Acabando ENRIQUE de bajar*

ENRIQUE: Cesen tus congojas;

que ya me voy. Goce el sueño  
la gloria que en ti le empeño.

LEONORA: ¿Soltaré la escala?

ENRIQUE: Sí.

LEONORA: ¿Vaste?

ENRIQUE: Voyme, y quedo en ti.

LEONORA: ¡Ay dulce esposo!

ENRIQUE: ¡Ay mi dueño!

*Suelta LEONORA la escala, y se retira. Salen el  
DUQUE y dos CRIADOS*

DUQUE: ¿A estas horas hombre aquí?

Matadle, si no se da.

ENRIQUE: (Ya, Amor, descubierta está      Aparte  
vuestro secreto por mí.

Restaure el acero agora  
culpas que por tardo os doy.)

DUQUE: ¿Quién eres?

ENRIQUE: Un hombre soy.

DUQUE: Pues ¿qué haces aquí a tal hora?

ENRIQUE: Idolatrar estas piedras,  
de mi hechizo semejanza  
y comparar mi esperanza  
a sus siempre verdes yedras.

DUQUE: ¿Amas en palacio?

ENRIQUE: Adoro.

DUQUE: ¿A quién?

ENRIQUE: Si fueras discreto,  
no ofendieras al secreto  
de Amor mas rico tesoro.

DUQUE: ¿Por dónde al parque cerrado  
entraste?

ENRIQUE: Si Amor es ave  
que penetrar nubes sabe,  
¿qué preguntas?

DUQUE: Al sagrado  
de este lugar, es delito  
entrar de noche.



DUQUE: Tu valiente proceder  
de mi enojo te asegura.

Dos criados me has herido,  
pero no temas por eso.

ENRIQUE: Que me ha pesado confieso,  
aunque en mi defensa ha sido

DUQUE: Descúbrete, caballero.

ENRIQUE: Vuestra alteza tiene fama  
de crüel contra quien ama  
sangre suya, y de aquí infiero  
lo mal que me puede estar  
hacer de quien soy alarde.  
El sol sale. Adiós; que es tarde,  
e indecente este lugar.

*Vase ENRIQUE*

DUQUE: ¡Determinado valor!  
¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!  
¡Una escala está en el suelo!  
Cayó por ella mi honor.

El arrogante embozado,  
autor de mi afrenta ha sido;  
que el peligro hace atrevido  
al más cobarde culpado.

¿Qué hay que dudar? ¿No me dijo,  
"Vuestra alteza tiene fama  
de crüel contra quien ama  
sangre suya?" Si colijo  
de aquí consecuencias llanas,  
a mi sangre fue traidor,  
y torpe ofende mi honor  
una de mis dos hermanas.

¿Si será Leonora? No;  
que en su temprana viudez  
la virtud ha sido juez  
de que Artemisa perdió  
el casto blasón con ella.

¿Será Isabela? Tampoco,

pues al deseo más loco  
reprime ardores de vella.

Pues ¿quién será de las dos,  
si no tengo en Belpaís  
otra sangre? ¿Qué decís,  
honra, en estas dudas vos?

Este cuarto es de Leonora  
y de Isabela; esta escala  
en la culpa las iguala,  
si cómplice, acusadora.

Para poder sentenciar,  
información se ha de hacer.  
¿Vos sois casa de placer?  
Mejor diréis de pesar.

¿Llamaré gente que siga  
mi enemigo? Sed mas sabio,  
honor mío; que el agravio  
no lo es miéntras no se diga.

Ni el sol que empieza a nacer,  
con verlo todo y ser mudo,  
de las ofensas que dudo  
testigo tiene de ser.

El tiempo dará noticia  
de quién es quien me ofendió,  
pues en mi espada llevó  
la insignia de mi justicia.

Ella le dará castigo,  
pues aunque encubrirse prueba,  
no va seguro quien lleva  
a la justicia consigo;

y yo guardaré entre tanto  
este instrumento agresor.

Tratos de cuerda el Amor  
da a la honra. No me espanto

que os venza, mudable hermana,  
pues la mas firme mujer  
frágil cuerda viene a ser,  
y la mas cuerda, de lana.

*Bájase a tomar la escala, halla papeles rotos,*

*y cógelos*

Papeles pedazos hechos  
hay por aquí, que arrojados,  
son despedidos criados;  
y descubriendo sus pechos,  
podría ser que se vengasen  
de quien los despedazó.  
Sospechas, ¡dichoso yo,  
si en verdades os trocasen!  
Esta letra es de Leonora.  
Medio renglón dice así,

*Lee*

*"Mi bien, cuando estoy sin ti..."*  
Mas indicios hay agora,  
Isabela, en tu favor,  
que a Leonora culpa dan...  
¡Qué dichoso que fue Adán  
libre de riesgos de honor!

*Lee*

*"Mi bien, cuando estoy sin ti..."*  
¿De tú, Leonora mi bien  
a un hombre, y no sé yo a quién?  
¿Viuda noble que habla así?  
Muy adelante está ya  
en materia de afición.  
Leamos otro renglón;  
que puesto que roto está,  
si indicios de estotro iguala,  
no habrá que imaginar más.

*Lee*

*"Mañana a verme vendrás...  
y estotra noche la escala..."*

Bien los delincuentes pinta  
la sospecha, sabio Apéles,  
en estos rotos papeles.

*Lee*

*"La respuesta en esta cinta..."*

No entiendo esto. Alguna traza  
para escribirse los dos,  
les dio el mal nacido dios.

*Lee*

Éste dice, *"...duque a caza."*

Es verdad, ayer salí.

*Lee*

*"...cinta, asegura cuidados  
de enemigos no excusdros."*

Ya este misterio entendí.

Leonora le escribiría,  
y por guardar el respeto  
al siempre cuerdo secreto,  
de una cinta colgaría  
el papel, el sol ausente,  
porque acudiendo por él  
su amante, aliviase en él  
llamas de su amor ardiente.

Vendría de noche en fin,  
y la cinta serviría  
de tercera, y llevaría  
cuando entrase en el jardín,  
la respuesta, cuerda y muda.

¡Nuevo modo de querer!  
Mas ¿qué no hará una mujer,  
si sobre discreta, es viuda?  
    *"Enemigos no excusados..."*  
los vivos terceros llama.  
Bien dice, porque la fama  
anda enferma entre criados.  
    Si como supo guardar  
secretos, guardar supiera  
papeles, poner pudiera  
escuela nueva de amar.  
    Ahora bien, yo he de saber  
con industria y con secreto  
quien es el feliz sujeto  
que en Leonora pudo hacer  
    tan no pensada mudanza.  
Mi espada lleva, y la suya  
me dejó por ella; arguya  
quién puede ser, mi venganza.  
    A la corte he de volverme;  
que tal vez en la lleneza  
del campo está la grandeza  
a peligro, donde duerme  
    el cuidado. Torre, quinta,  
no veré más vuestras flores,  
que dan entrada a traidores  
y hacen tercera una cinta.

*Vase el DUQUE llevándose la escala. Sale*

*ENRIQUE*

ENRIQUE:      ¿De la escala se olvida quien adora  
a quien al sol en hermosura iguala?  
¡En tal ocasión, cielos! ¡A tal hora!  
¿Y por discreto Cleves me señala?  
¿Yo amante? ¿En posesión yo de Leonora,  
y la escala me olvido? ¿Y en la escala  
dejo indicios al duque sospechoso  
contra la fama de mi dueño hermoso?  
    Asaltóme su hermano de improviso;

no pude prevenir con el cuidado  
en mi defensa a daño tan preciso;  
descuidéme, y Amor que es descuidado,  
¿qué merece? Por necio o por remiso  
mi Leonora dirá, "Ser olvidado,  
pues si un amor con otro amor se paga,  
olvido es bien que a olvido satisfaga."

¡Un año de secreto, en un instante  
perdido por mi culpa, cuando pinta  
la discreción trofeos de un amante,  
si no en bronces, en flores de una quinta.  
¡Un amor sin tercero que le espante,  
cifrado cada noche en una cinta,  
mudo correo de amorosas quejas,  
letras de amor librándome a unas rejas!

El duque halló la escala, ¿quién lo duda?  
Y en ella la opinión de mi Leonora,  
o desacreditada o puesta en duda  
por culpa mía, mis descuidos llora.  
¿Con qué ojos, pues, idolatrada viuda,  
a los tuyos podrá llegar agora  
quien te ha ofendido, si el mayor culpado  
es en casos de amor el descuidado?

*Sale RICARDO*

RICARDO: Enrique.

ENRIQUE: ¡Padre y señor!

RICARDO: ¿Cómo has madrugado hoy tanto?

ENRIQUE: Son enemigos del sueño  
el calor y los cuidados.

RICARDO: ¡Cuidados tú! ¿Pues de qué?

ENRIQUE: No son razones de estado,  
ni de amor ciegos desvelos;  
pues nunca ha podido tanto  
conmigo el bárbaro ocio,  
que haya degenerado  
de la crianza que en mí  
hacen tus consejos sabios.

Como soy hechura tuya  
y tu sangre propagando  
en mí, procuras al tiempo  
dejar tu mismo retrato;  
eres mi padre y maestro  
armas y letras cifrando  
en avisos y en liciones,  
por quien dos veces te llamo  
dueño natural. Deseos  
de no desmentir, Ricardo,  
esperanzas que en mí siembras.  
Mil noches me han desvelado.  
No has permitido hasta agora  
que rompa el límite escaso,  
prisión de mi juventud,  
de estos montes y estos prados.  
Diez leguas dista de aquí  
la corte, que alabas tanto,  
de Carlos, duque de Cleves;  
veinte veces ha pisado  
rosa abril y escarcha enero  
que de los maternos lazos  
a la luz del sol salí,  
sin haber de ti alcanzado  
que a ver la corte me lleves,  
preso entre los riscos altos  
de estas asperezas frías,  
cuyas faldas bordan mayos.  
Si intentabas, padre noble,  
que viviese entre villanos,  
donde por dueño te tienen  
un castillo y pueblos cuatro;  
¿para qué tan cuidadoso  
las artes me has enseñado  
liberales? ¿Para qué  
el hacer mal a un caballo,  
saber jugar el acero,  
acometer un asalto,  
dar dos botes de una pica,  
el noble lenguaje y trato

de las cortes de los reyes,  
si, como sabes, es llano  
ser inútil la potencia  
que no se reduce al acto?

(¡Ay mi Leonora ofendida!

Aparte

Divirtiéndome estoy en vano  
sentimientos de mi ofensa,  
ocasiones de tu agravio.)

RICARDO: Enrique, mozo estudié,  
hombre seguí el aparato  
de la guerra, y ya varón  
las lisonjas de palacio.  
Estudiante gané nombre,  
esta cruz me honró soldado,  
y cortesano adquirí  
hacienda, amigos y cargos.  
Viejo ya, me persuadieron  
mis canas y desengaños  
a la bella retirada  
de esta soledad, descanso  
de cortesanas molestias,  
donde prevengo despacio  
seguro hospicio a la muerte,  
con prudencia escarmentado  
en los viejos que en la corte,  
de su libertad tiranos,  
mueren sin haber vivido,  
pródigos de canas y años.  
Antes que honrase mi pecho  
con el blasón soberano  
malta de esta blanca cruz,  
del valor y hazañas blanco;  
saliste al mundo, y quedó  
tu crianza, Enrique, a cargo  
de mi amor y mis consejos.  
Creciste en fin y dejando  
con la infancia los estorbos  
que en el natural humano  
el uso de la razón  
impiden en tiernos años;

fui a los nueve tu maestro,  
por causa tuya colgando  
las armas y pretensiones;  
y a esta quietud retirado,  
desde las primeras letras  
tu ingenio dócil y blando,  
hasta la filosofía  
por mi industria ha granjeado.  
Sin éstas no puede un hombre  
perder el nombre de esclavo  
pues en fe de hacerle libre,  
liberales se llamaron.  
La militar disciplina  
en tu natural bizarro  
lograr hazañas pretende  
que te ganen nombre claro.  
Con las armas y las letras  
podrás, si a César te igualo,  
vencer de día, y de noche  
escribir tus comentarios.  
Voyte enseñando también  
la policía y el trato,  
modos, términos, respetos,  
que en la corte hace el engaño,  
maestro de ceremonias;  
que llevo, Enrique, por blanco  
sacarte de aquestos montes  
un perfeto cortesano.  
Para serlo, no te falta  
sino resumir de paso,  
habituando el ingenio,  
lo que hasta aquí te he enseñado.  
Presto cumplirás deseos,  
los míos después logrando  
a satisfacción del mundo  
y de la corte de Carlos.

ENRIQUE: (¡La escala se olvida un hombre Aparte  
a tal hora y en tal paso!  
¿Qué disculpa, amado dueño,  
podré dar a tus agravios?)

RICARDO: Dejando, pues, por agora  
deseos que sazonados  
se cumplirán a su tiempo,  
será razón que volvamos,  
Enrique, a nuestro ejercicio.  
Ayer tarde repasamos  
los metéoros, y en ellos  
bastantemente informado,  
sabes de lo que proceden  
las nubes, lluvias y rayos,  
cometas y exhalaciones  
que la región infamando  
del elemento tercero  
al vulgo causan espanto,  
como crinitas, caudatas  
y otras, que por no ser largo,  
dejo porque yaa las sabes,  
por ellas conjeturando  
guerras, muerte de señores,  
hambres, mudanzas de estados,  
y otras desdichas que anuncian  
los cuerpos simples y varios,  
de cuyo influjo dependen  
los vivientes de acá abajo.  
Agora has de resumirme  
lo que ayer para hoy dejamos  
en materia de los cielos,  
sus ortos y sus ocasos.

ENRIQUE: (¡Vive Dios, que no merece Aparte  
quien ama y es descuidado,  
nombre de hombre!)

RICARDO: ¿Cómo es eso?  
¿Estás en ti?

ENRIQUE: (Y repasando Aparte  
lo que esta noche olvidé...)

RICARDO: Di pues.

ENRIQUE: (¡Qué haya yo agraviado Aparte  
por un descuido, Leonora,  
vuestra opinión? ¡Y me llamo  
amante vuestro!)

RICARDO: ¿No dices?

ENRIQUE: Sí, señor. (¡Ay! ¡Cuán contrario Aparte  
son desvelos del estudio  
de los de un enamorado!)

La fábrica de los cielos,  
de los dedos de Dios digna,  
eterna en su inmensa idea,  
y en tiempo el primero día,  
según opinión probable,  
es de la materia misma  
que las demas criaturas,  
en cuanto es materia prima;  
pues dado caso que aquesta  
intrínsecamente siga  
el apetito que tiene  
a la forma que varía,  
de donde es fuerza que nazca  
la corrupción que aniquila  
la sustancia que le informa  
porque las demás reciba,  
y no pudiendo mudarse  
en los cielos la adquirida  
desde su creación primera,  
ya parece que es distinta;  
lo cierto es que toda es una,  
y esencialmente se inclina  
a las formas que no tiene  
aunque nunca las consiga,  
como el hombre, que es risible  
puesto que jamás se ría,  
ni ponga esta forma en acto  
como de algunos se afirma.  
Los que se mueven son diez,  
y once con la esfera impírea,  
corte de quietud eterna  
de santos y jerarquías.  
Su hechura es cóncava y hueca,  
cuyas esferas contiguas  
se tocan unas a otras,

porque darse vacuo impidan  
de sus físicos contactos.  
Hay filósofos que afirman  
aquella música acorde  
cuya inefable armonía  
no nos parece escuchar  
pues según buena doctrina,  
*ab asuetis non fit passio*,  
aunque es opinión de risa.  
Excédense unos a otros  
lo que por la perspectiva  
de sus ángulos se saca,  
conforme a la astrología  
de Alfagrano, diferencia  
sexta y vigésima prima  
y otros de su sabia escuela  
del modo que aquí se pinta.

*Distráese ENRIQUE*

(¿Que me dejase la escala      Aparte  
olvidada yo? ¿Y que diga  
que a Leonora quiero bien?)  
¡La escala yo!

RICARDO:                      ¿Desvarías,  
Enrique? ¿Qué es esto? Di.

ENRIQUE:      Influjos que se derivan  
desde los cuerpos celestes  
y en la tierra predominan  
son como escalas señor.

RICARDO:      No, Enrique; tú desatinas,  
o alguna pasión secreta  
tu memoria tiraniza.  
No estás hoy para cuestiones  
sutiles; ven a la esgrima  
y, por las prácticas, deja  
artes especulativas.

*Toman espadas de esgrima*

Toma aquesa espada negra.  
La destreza de Castilla  
es la que en Europa agora  
comunmente se practica.  
En el juego de Carranza  
estás docto. Más estima  
tiene el de Liébana. En éste  
quiero ver cómo te aplicas.

*Esgrimen*

Mete el pie derecho; saca  
el izquierdo, uñas arriba.  
Tírame esa punta al pecho;  
cruza la espada ala vista.  
Rebate mi acero agora.

ENRIQUE: (Por la honra y por la vida      Aparte  
es natural la defensa.  
Duque, aunque el paso me impidas,  
he de llevarme la escala,  
sin que por ella colijas  
quién es la prenda que adoro.  
Muere y mi secreto viva.)

*Distráese esgrimiendo, dale a Ricardo una  
cuchillada en la cabeza y derribale el  
sombrero*

RICARDO: ¡Loco! ¿Qué has hecho?

ENRIQUE: ¡Ay, señor!

Siguió la espada atrevida,  
sin regirse por el alma,  
desconciertos de la ira.  
Necio es quien reduce a leyes  
el furor, que nunca mira  
en preceptos militares,

si la venganza le incita.  
Ciego de é; dejé llevarme;  
mas no hay disculpa que impida  
mi bárbara inobediencia.  
La mano, padre, castiga  
que ha herido a quien debe el ser.  
Dame oon mi espada misma  
la muerte, y vengue la blanca  
lo que en la negra te indigna.

*Arroja ENRIQUE la espada negra, saca la blanca;  
ofrécesela, y dale el sombrero de rodillas*

¡Que herí a mi padre!

RICARDO:                   No creas  
que eres mi hijo, ni permitas  
afrentar el orden sabio  
con que sus especies cría  
la cuerda naturaleza;  
porque si como imaginas,  
fuera, Enrique, yo tu padre,  
cuando, el alma divertida,  
me fueras a herir, la sangre  
te detuviera, a ser mía.  
El brazo, reverenciando  
la fuente que la origina.  
A la cabeza defiende  
la mano, y contra la ira  
de quien la injuria, recibe  
naturalmente la herida.  
Si yo tu cabeza fuera,  
mal agraviarme podía  
ramo de quien tronco soy,  
sangre de quien eres cifra.  
No, Enrique, no soy tu padre.

ENRIQUE:    Consuelos crecen desdichas,  
pues mezclas, crúel piadoso,  
dos contrarios de un enigma.  
¿Que no eres mi padre?

RICARDO: No.

ENRIQUE: ¿Pues quién...?

RICARDO: Sabráslo algún día;  
que yo no lo sé hasta agora,  
hasta que el tiempo lo diga.

*Vase RICARDO*

ENRIQUE: "¿Que yo no lo sé hasta agora,  
hasta que el tiempo lo diga?"  
¡O presunción enemiga!  
¿Cómo amaréis a Leonora?  
Mi soberbia burladora  
hijo noble de Ricardo  
me llamó; mas ya ¿que aguardo,  
si aun me niegan mi bajeza  
la humilde naturaleza  
que pensé tener bastardo?

*Cíñese la espada*

Arrogante pensamiento,  
¿A Leonora os atrevistes?  
¿Cómo tan alto subistes  
con tan bajo fundamento?  
¡Que aun no sé mi nacimiento!  
¡Ay amorosa fatiga!  
Vuestro vuelo no prosiga  
pues sus principios ignora;  
"Que yo no lo sé hasta agora,  
hasta que el tiempo lo diga. "

*Sale LUDOVICO, de campo y sin  
espada*

LUDOVICO: Dicha el no matarme fue  
de la caída que di.

Enrique...

ENRIQUE: Señor.

LUDOVICO: Caí...  
ENRIQUE: Válgame el cielo!  
LUDOVICO: Y quebré  
la espada de más estima  
que caballero ciñó.  
El caballo tropezó  
en un tronco y, dando encima,  
tres partes hizo la hoja.  
ENRIQUE: Mucho daño os pudo hacer.  
LUDOVICO: A nuestro duque iba a ver;  
que en no haciéndolo, se enoja.  
Prestadme, Enrique, la vuestra...  
ENRIQUE: (La del duque--¡cielos!--es.  
LUDOVICO: ...y volveréosla después  
con mejoras.

*Dásela*

ENRIQUE: ¿Qué más muestra  
de que ya está mejorada,  
que vos, marqués, la pidáis,  
si a vuestro lado la honráis?

*Sácala*

LUDOVICO: ¡Hermosos filos de espada!  
Enrique, feriadmelá;  
Daréos un lugar por ella.  
ENRIQUE: Si gustáis serviros de ella,  
ya, señor, feruada está,  
aunque tengo en ella puesto  
mi gusto.  
LUDOVICO: ¡Ah! ¿Sí? Pues no es justo  
que yo os quite tan buen gusto.  
Yo os la remitiré presto;  
y porque no vuelva sola,  
enjaezado os traerán

el más brioso alazán  
que parió yegua española.

*Enváinala*

ENRIQUE: Bésos las manos.

LUDOVICO: ¿Queréis  
que vamos a Belpaís  
los dos?

ENRIQUE: Si vos os servís  
de mí, ¿por qué no?

LUDOVICO: Seréis  
del gran duque conocido;  
que tiene satisfacción  
de la fama y opinión  
que vuestro estudio ha adquirido.

ENRIQUE: A vuestra sombra, señor,  
¿qué dicha no intentaré?

LUDOVICO: Soy primo suyo, y podré  
haceros con él favor.

ENRIQUE: Entrad, veréis nuestra quinta,  
y tomaré yo otra espada.

LUDOVICO: No será tan extremada  
como la que está en mi cinta,  
aunque siempre se hapreciado  
vuestro padre de tener  
armas con que alarde hacer  
de haber sido gran soldado.  
Vamos.

ENRIQUE: (No pude negarle Aparte  
la espada que me pidió.  
Si el duque que la perdió,  
la conoce, acompañarle  
¿no es locura? Mas ¿qué importa?  
¿Ya qué tiene que perder  
hombre que no tiene ser?  
Acabe mi dicha corta;  
que cuando el duque importuno  
la muerte me mande dar,

a nadie podré afrentar  
pues soy hijo de ninguno.)

*Vanse. Salen LEONORA y el DUQUE*

DUQUE:           ¿Pues podrásme tú negar

no ser esta letra tuya.

Cada pedazo te arguya,

pues para multiplicar

    los testigos que dan nota

de tu descompuesto amor,

convencen tu roto honor

razones de carta rota.

    Niega que la infame escala

que al pie de tus rejas vi,

liviana, intentó por ti

meter la afrenta en tu sala.

    Niega el perdido respeto

a tu difunto consorte,

honesto viuda en la corte,

y en Belpaís, del secreto

    y la noche apadrinada,

pagando torpe tributo

a la liviandad en luto,

hipócrita disfrazada;

    que cuando excusas alegues

que estás maquinando en vano,

desmentida de tu mano,

no es posible que esto niegues.

LEONORA:       (¡Ay desafortunado Enrique       Aparte

perdí mi opinión por ti

y tú me perdiste a mí.

¿Qué he de hacer?)

DUQUE:           Cuando fabrique

    tu ingenio agravios que hacer

a mis sospechas, Leonora,

no te han de excusar agora

sutilezas de mujer.

    Convencida estás.

LEONORA: Confieso  
lo que en mi vida pensé;  
y puesto que perderé,  
cuando no la vida, el seso,  
por la reputación mala,  
duque, en que contigo quedo;  
dejarte seguro puedo  
que los pasos de esa escala  
que has hallado y me desdoran,  
no han llegado a profanar,  
fuera del alma, el lugar  
que dentro mi cuarto ignoran.  
Ofendió el consentimiento  
al recato, no al honor,  
pues no le agravia el amor  
que al primero sacramento  
que vio el mundo, se sujeta.  
Con aqueste fin cristiano,  
aunque el medio fue liviano,  
y la pasión indiscreta,  
le escribí aquese papel,  
que después rompió el temor,  
arrojándole el honor  
por las rejas. Funda en él  
delitos de voluntad  
que no se han puesto en efelo,  
y advierte que es el sujeto  
de tan noble calidad  
como la tuya.

DUQUE: ¿Y la escala,  
de tu deshonra instrumento?

LEONORA: Amor, cuyo pensamiento  
por los ojos se señala,  
a mi amante le diría  
que consigo la trujese.

DUQUE: Si pedazos te leyese  
de este papel, bien podría  
probarte cuán adelante  
de lo que dices está  
el liviano amor que da

tanta licencia a tu amante.

Mas declárame quién es  
el pretendiente atrevido.

LEONORA: Señor, no pidas...

DUQUE: Yo pido  
lo que te ha de estar después  
tan bien, que juzgues por sabio  
el remedio de tu honor.

LEONORA: (Perdona, Enrique, al temor; Aparte  
que es fuerza que te haga agravio.)  
Temo, si quién es publico  
que has de enojarte.

DUQUE: ¿Por qué,  
si es tan noble? Di. ¿Quién fue?

LEONORA: El marqués...

DUQUE: ¿Quién?

LEONORA: Ludovico.

DUQUE: ¿Mi primo?

LEONORA: Ése me desvela.

DUQUE: Pues siendo merecedor  
Ludovico de tu amor,  
¿por qué con tanta cautela  
y secreto te pretende,  
pues cuando me declarara  
su amor, era cosa clara  
ser tu esposo?

LEONORA: No te ofende;  
pero pretendió primero  
a mi hermana.

DUQUE: Eso es verdad.

LEONORA: Mudóse la voluntad;  
que amor es fuego lijero.  
Viéndome en fin viuda, puse  
los ojos con tanto afeto  
en mí, que amante y secreto  
a servirme se dispuso;  
y por no dar a Isabela  
celos, y enojarte a ti,  
ha un mes que me sirve así.

DUQUE: Cuerdo ocasiones recela,

y cuerdo intento también  
atajar inconvenientes.  
Amorosos accidentes  
disculpa, hermana, te den  
siquiera por la elección  
que en tan noble prenda has hecho.  
Sosegado has ya mi pecho.  
Al Marqués tengo afición.

Con Isalela intenté  
casarle; mas pues se muda,  
disimula cuerda y muda,  
porque a tu hermana no dé  
celos, infiernos de amor  
entre tanto que dispongo  
las cosas, y medios pongo  
que a Isabela estén mejor.

LEONORA: Dame a besar esos pies,  
pues satisfaces así  
tu honor y mi gusto.

DUQUE: En ti  
se emplea bien el marqués.  
Cosas que tan adelante  
en materia de honra están  
mal remediarse podrán  
si con medio semejante  
no sueldo el daño que has hecho.

LEONORA: (Enrique inconsiderado, Aparte  
causa a tus celos has dado,  
oculte tu amor mi pecho;  
que aunque crea tu impaciencia  
que al marqués hago favor,  
te adoraré en lo interior,  
y al marqués en la apariencia.)

*Salen la DUQUESA e ISABELA*

DUQUESA: Dícenme, duque y señor,  
que dejáis a Belpaís  
por la corte.

DUQUE: Si el calor,  
duquesa, aquí divertís,  
Venus entre tanta flor;  
yo que de mi corte ausente,  
hago a mi gobierno agravio,  
juzgo por inconveniente,  
pudiendo ser Catón sabio,  
ser cazador imprudente.  
Hoy nos hemos de partir.

ISABELA: Más razón es acudir  
al bien común, gran señor,  
que al propio.

DUQUESA: No sabe Amor  
replicar ni resistir.  
Vamos cuando vos gustéis.

*Salen LUDOVICO y ENRIQUE*

LUDOVICO: Por cumpliros el deseo  
que de conocer tenéis,  
gran señor, a Enrique, os veo  
tarde hoy. Honrar podéis  
en él, con satisfacción  
de su fama y experiencia,  
la nobleza y discreción,  
valor, cortesía y ciencia,  
que sus tributarias son.

Disculpe lo que he tardado  
el padrino que he buscado.

DUQUE: Poco madrugáis, marqués;  
pero todo amante es  
cuidadoso, descuidado.  
Más os debe Belpaís  
de noche, que cuando Apolo  
logra los rayos que huís.  
Las estrellas os ven solo,  
con padrino al sol salís.  
Negáis de noche secreto  
quien sois a la cortesía,

y publicáisla, en efcto,  
al sol; no sois vos de día  
como de noche, discreto.

*El DUQUE habla aparte con LUDOVICO*

Esa espada no hace alarde  
de hazañas que adquirís tarde;  
guardarla os fuera mejor  
si no es que a vuestro señor  
notais, marqués, de cobarde.

LUDOVICO:        ¡Señor! ¿qué decís?

DUQUE:                Que en ella  
mi desprecio se señala;  
mas si os honráis de traella,  
haré yo sacar la escala,  
y os castigaré por ella.

*Vase el DUQUE. Síguele LUDOVICO*

LUDOVICO:        Gran señor, decid. ¿Qué espada?  
¿Qué escala? ¿Qué confusión  
mi lealtad tienen culpada?  
Admitid satisfacción  
de quien no os ofende en nada.

*Vase LUDOVICO*

DUQUESA:        Airado el duque se fue  
con el Marques. Isabela,  
¿Qué es esto?

ISABELA:        Aunque no lo sé,  
el amor que me desvela,  
por intercesor pondré.

A vuestra alteza suplico  
que a desenojarle venga.

DUQUESA:        Que me pesa, os certifico

de que causa el duque tenga  
de reñir con Ludovico.

*Vanse la DUQUESA e ISABELA*

LEONORA: A poder yo aborreceros,

osara, Enrique, reñiros,  
o ahorrara mi amor suspiros,  
pues ya no excusa el perderos.

Tan difícil será el veros,  
como imposible el hablaros.

No supistes conservaros,  
ni yo supe retirar  
deseos que han de pagar  
con la vida el adoraros.

Por un instante de gusto,  
años hemos de perder  
del recíproco placer  
que tiraniza un disgusto.  
Límite tiene amor justo  
que el necio desórden pasa.  
Quien sin prudencia se abrasa,  
arrepentido se hiela;  
quien al gastar no recela,  
corrido vive con tasa.

Un papel nos ha vendido,  
una escala descubierto,  
un descuido nos ha muerto,  
una desdicha perdido.

Todo el duque lo ha sabido;  
a Ludovico he culpado.  
¡Nombre de esposo le he dado,  
y si de pesar no muero,  
he de fingir que le quiero  
por sólo razón de estado.

¡Ved de un yerro los que nacen!

ENRIQUE: Enlazan las ocasiones  
desdichas en eslabones  
que eternas cadenas hacen;

pero si se satisfacen  
matando, morir procuro  
pues con la vida aseguro  
el peligro que tenemos  
porque muriendo, quedemos  
libre vos, y yo seguro.

Sois mi esposa en posesión  
y yo con vos desigual,  
nuestro peligro mortal,  
cierta nuestra pcrdición.  
Razón de estado es razón  
que contradicen los cielos.  
La muerte ataja desvelos;  
muera quien os ha perdido,  
a vuestros ojos querido,  
antes que ausente y con celos.

*Sale ISABELA*

ISABELA: ¡Ay hermana de mis ojos!

Llevar manda el duque preso  
al marqués. Perdere el seso  
si duran estos enojos,  
porque con justos antojos,  
dífíciles de entender,  
le obligan a enfurecer.  
Quejas forma de una espada  
que ciñe al lado dorada  
y mi homicida ha de ser.

Luego nos manda partir  
a la corte. Ven, Leonora,  
y serás su intercesora,  
o aquí me verás morir.

LEONORA: Yo, ¿qué le puedo decir  
con que se venga a aplacar?

ISABELA: Nada te sabe negar.  
Roguemos por él las dos.  
Hidalgo, también a vos  
os manda el duque llamar.

*Vase ISABELA*

ENRIQUE: Habrá sabido que es mía  
la espada. Si me da muerte,  
dichosa será mi suerte.

LEONORA: ¡Tantos males en un día !

ENRIQUE: ¡Ea, amorosa osadía!  
Muera Enrique desgraciado  
pues tan mala cuenta ha dado  
de la dicha que ha perdido,  
cuando no por atrevido,  
por amante descuidado.

## FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen ENRIQUE Y LUDOYICO, en la sala de prisión*

ENRIQUE: No me espanto que forméis  
quejas de vuestra prisión,  
supuesto que no sabéis,  
marqués, la justa ocasión  
con que airado al duque veis;  
mas primero que os la diga,  
de vos me quiero informar.  
Si la amorosa fatiga  
que reinos suele abrasar  
y libres pechos castiga  
predominando en Leonora

la hiciera competidora  
de la dicha de Isabela,  
y aunque su amor os desvela  
y os quisiese bien agora,  
¿la mudanza podría hacer  
el común efecto en vos  
con que muestra su poder  
Amor, que es fuego, si es dios,  
y nunca vive en un ser?

LUDOVICO: ¿Leonora a mí?

ENRIQUE: Su beldad,  
el ser del duque heredera,  
de cuya esterilidad  
Cleves sucesión no espera,  
su discreción y su edad  
dan causa a lo que os pregunto,  
pues siendo del sol trasunto  
puede, asegundando Amor,  
elegiros sucesor  
del malogrado difunto.

LUDOVICO: Enrique, no oso fiar  
tanto de mi fortaleza.

Si en tan dichoso lugar  
me pusiese su belleza,  
que no temiese dudar  
la fe que a Isabela debo;  
el mayor planeta es Febo  
de cuantos alumbrar ves,  
y muda de mes en mes  
nueva casa y signo nuevo.

Mas ¿por qué, me decís eso?  
¿Qué tiene, Enrique, que ver,  
tenerme así el duque preso  
con tentarme por saber  
si soy mudable?

ENRIQUE: Intereso,  
marqués, de vuestra mudanza  
toda la seguridad  
de mi vida y esperanza.  
Mi osadía perdonad;

aléntad mi confianza,  
y aseguradme primero  
si de amigo verdadero  
podré gozar el blasón,  
marques, en vuestra opinión.

LUDOVICO: Bien sabes lo que te quiero,  
y que eres por mí privado  
del duque.

ENRIQUE: Más me prometo  
de vos, aunque os he agraviado.  
Sois mi patrón, en efeto,  
y en esa fe confiado  
atrevimientos de amor  
escuchad. Yo, Ludovico,  
soy vuestro competidor,  
si en méritos menos rico,  
más dichoso en el favor  
de Isabela.

LUDOVICO: Cómo es eso?

ENRIQUE: Mis desatinos confieso;  
mas poco el amor abrasa  
que los límites no pasa  
comunes, y pierde el seso.  
El estar de Belpaís  
tan cercana nuestra quinta  
como en su bosque advertís,  
la caza, que guerras pinta  
de Marte y Amor, si oís  
de Adonis que cazador  
y amante rindió sus flechas  
a la madre del Amor,  
cuyas trágicas sospechas,  
sin dar fruta, le hacen flor  
la ocasión que poderosa,  
con la más difícil cosa  
sale cuando dichas traza,  
en fin, lugar, tiempo y caza  
me hicieron presa amorosa  
de Isabela, que rendida  
a alguna oculta influencia,

vuestros servicios olvida,  
y con su hermosa presencia  
da a mi atrevimiento vida.

Creció el amoroso trato  
con la comunicación  
que malogra el tiempo ingrato,  
sin que diese permisión  
al temeroso recato

que algún tercero indiscreto  
tiranizase el secreto,  
pues en su amorosa quinta  
solo fió de una cinta  
la guarda de su respeto.

La noche que no la hablaba  
aunque las más iba a vella,  
atado a un listón hallaba  
un papel--¡industria bella!--  
y otro en su lugar dejaba.

En esta vida, marqués,  
pasó amor tan adelante  
que en el discurso de un mes  
de niño creció a gigante...  
--Juzgad cuál sera después--

hasta que mis persuaciones,  
quejas, suspiros, pasiones,  
dieron a mi atrevimiento  
alegre consentimiento

y permisión sus balcones  
a una escala que llevé  
y la desdicha estorbó.

Pues cuando subir pensé  
vino el duque y malogró  
diligencias de mi fe.

Intentó reconocirme  
con otros dos. Encubríme.  
Quiso matarme o prenderme.  
Eché mano y resistíme.

Siguióme, y por defenderme,  
hiriendo a los dos, le gano  
la espada, y más cortesano

que dichoso, con la mía  
le dejo, huyendo del día  
cuya luz intentó en vano  
descubrirme. Halló la escala  
el duque. en fin, que recela  
lo que en sus pasos señala,  
y a Leonora e Isabela  
confuso en la culpa iguala.

Retíreme a casa yo  
desesperado y sin seso  
al tiempo que os sucedió  
con la caída el suceso  
que vuestra prisión causó.

La espada del duque os di  
cuando a hablarle con vos fui  
y ofendiéndose de vella  
a vuestro lado, por ella  
os tiene en prisión aquí.

Supo después que Leonara,  
en quereros satisfecha,  
vuestra prisión siente y llora;  
y creciendo su sospecha,  
está persuadido agora

que vos fuistes el autor  
de la escala y resistencia  
a que me obligó el amor;  
y embotando su prudencia  
los filos de su rigor,

conmigo ha comunicado  
sus recelos y cuidado,  
y por mi consejo intenta  
tomar, marqués, por su cuenta  
el dar a Leonora estado.

Con ella os quiere casar.  
Si os obliga su belleza,  
y en el saber perdonar  
resplandece la nobleza,  
en mí la podéis mostrar.

Y si no, al duque decid  
que a Isabela he pretendido;

lo que me ama le advertid,  
y de mi intento atrevido  
satisfacción le pedid;  
    porque en sabiendo el suceso  
que a vuestra amistad confieso,  
dé a vuestros celos venganza,  
fin a mi loca esperanza,  
y muerte a mi amor sin seso.

LUDOVICO:    Enrique, mucho he querido  
a Isabela, al mismo paso  
que mudable me ha ofendido.  
En justos celos me abraso;  
mas, pues te has favorecido  
    de mí, no tengas temor;  
que a mi enojo he de vencer.

ENRIQUE:    Es de reyes tu valor.

LUDOVICO:    No fue Isabela mujer  
en escoger lo peor;  
    que en ti sus gustos mejora.  
Cure mis celos Leonora;  
que si un veneno se aplaca  
con otro, eficaz, triaca  
su amor me receta agora.

ENRIQUE:    Dame esos pies.

LUDOVICO:    De cuidado  
mudad, pensamiento.

*El DUQUE cruza la galería y se dirige a la  
habitación de LUDOVICO*

ENRIQUE:    A verte  
entra el duque.

LUDOVICO:    Ya yo he dado,  
Enrique, en favorecerte.  
Por ti, quiero ser culpado.

*Sale el DUQUE*

DUQUE: Ya que os habrá, marqués, la prisión hecha  
más advertido, he dado a intercesiones  
lugar piadoso, aunque de vos sospecho  
que juzgaréis a agravios mis razones.

LUDOVICO: Antes, señor, de vuestro ilustre pecho  
conozco entre estas lícitas prisiones  
la justicia que mezcla la clemencia.  
¡Cuerdo castigo de mi inadvertencia!  
Descuido fue de mozo, que podía  
ocasionaros a mayor venganza,  
a no tener en vos la sangre mía.  
¡Padrino sabio y cierta confianza!

DUQUE: En materia, marqués, de cortesía  
pocas disculpas el descuido alcanza.  
Libre estáis.

LUDOVICO: Vuestros pies invictos beso.

DUQUE: Sed mas constante, ya que sois travieso.

*Vase el DUQUE*

ENRIQUE: Esto, marqués, te dijo, porque piensa  
que olvidas a Isabela por Leonora.

LUDOVICO: Ya, Enrique, atribuyéndome tu ofensa,  
viudo es mi amor, pues en su luto adora.  
Con su favor mi agravio recompensa.  
Saque a Isabela su presencia agora  
del alma donde fue dueño absoluto  
y vístanse mis celos de su luto.

*Sálense los dos a la galería. LUDOVICO  
se va; ENRIQUE se detiene*

ENRIQUE: ¿Qué confusión, enmarañados cielos,  
es ésta que aborrezco y solicito?  
Perilo soy, pues su tormento imito  
tejiendo celos por morir en celos.  
Eslabonan cadenas mis desvelos  
siendo juez y agresor de mi delito;

tercero del marqués con quien compito  
en mis tormentos fundo mis consuelos.

Si no ama Ludovico a mi Leonora,  
publicando mi amor, mi muerte trata,  
y han de matarme celos si la adora.

Todo es morir lo que el penar dilata.  
Déme pues muerte airada el duque agora  
y no un recelo que despacio mata.

*Sale LEONORA*

LEONORA: ¿Qué haces, Enrique, suspenso?

ENRIQUE: Parabienes preveniros,  
que a costa de mis suspiros,  
mi tormento hacen inmenso.

Que labro, Leonora, pienso  
contra mí mismo tirano.

El sepulcro de mi mano  
donde sin hallar salida,  
fenezca mi triste vida,  
como el tejedor gusano.

Ya está el marqués persuadido  
a vuestro amor lisonjero;  
fui primero y soy tercero.

¡Ved la medra a que he venido!  
¿Quién duda que habréis tenido  
abierta puerta al cuidado,  
que os habrá el marqués pintado  
un generoso sujeto,  
mozo, gallardo, discreto,  
de real sangre y noble estado?

¿Y que, hecha comparación  
entre mí y él, el desprecio  
me pintara pobre, necio,  
sin calidad ni opinión?

¡Ay, Leonora!

LEONORA: Enrique, pon  
freno al atrevido labio,  
pronunciador de mi agravio;

que vas perdiendo el conceto  
que has tenido de discreto.

ENRIQUE: Pues con celos ¿quién es sabio?

LEONORA: Pues tú ¿de qué tienes celos?

ENRIQUE: Cuando hay de qué, no lo son.

En la elemental región,  
imagen de mis desvelos,  
verás si miras los cielos  
una nube retocada  
del sol, blanca y encarnada,  
que resolviéndose en viento,  
cual celos sin fundamento,  
pinta montes y no es nada.

¿No pretendes que te quiera  
el marqués?

LEONORA: Porque aseguro  
la vida, así lo procuro.

ENRIQUE: Mis temores considera.

Amor fuego, mujer cera,  
yo hablarte y verte por tasa,  
él sin ella y en tu casa.

Cuando de burlas le adores,  
de veras son mis temores;  
que amor burlándose abrasa.

Diráte encarecimientos,  
que aunque de ti no creídos,  
pasarán por los oídos  
y engendrarán pensamientos.

Éstos al principio lentos,  
en el alma alimentados,  
van cebando cuidados;  
y siendo el pecho su centro,  
cencerá el marqués, si dentro  
tiene tales abogados.

¿Quién duda que aunque te pese,  
tal vez, si a solas estás,  
favores no le darás

con que su dicha confiese?

Cuando una mano te bese,  
--supongo que sea forzada--

aunque después retirada  
propongas darle castigo,  
¿qué no alcanzará contigo  
una mano ya besada?

¿Has de cortártela? No.

Luego siempre que la vieres  
te has de acordar de él. ¿Y quieres  
que no desespere yo?

La mano que él cohechó,  
el pensamiento importuno,  
el verte a tiempo oportuno,  
todos sí por él están.

¿Qué hazaña no acabarán,  
tantos, Leonora, contra uno?

Querráte casar tu hermano  
con él, como ha prometido;  
ya yo estaré aborrecido,  
y ya cohechada tu mano.  
Seré yo estorbo tirano.

¿Pues qué remedio? Matarme.  
Pues ¿no es mejor excusarme  
de tantos sustos, Leonora,  
y dándome muerte agora,  
despacio no atormentarme?

LEONORA: Enrique, quédate. Adiós;  
que estás hoy impertinente.

ENRIQUE: Mi bien, mi gloria, detente.  
¿Vos os vais, y me amáis vos?

LEONORA: Hemos de reñir los dos,  
si oigo desalumbramientos  
de tus desvanecimientos.

ENRIQUE: No tratemos de ellos más.

LEONORA: Estás necio hoy; no podrás.

ENRIQUE: Mudos serán mis tormentos.

LEONORA: Si sabes que soy tu esposa,  
¿Por qué mi opinión agravias?

ENRIQUE: Celos, amores, son rabias.

LEONORA: Visita a Isabela hermosa;  
que aunque yo viva celosa,  
más prudente me verás.

ENRIQUE: Me iré, pues en eso das;  
mas ¿si en amar te resuelves  
al marqués..?

LEONORA: ¿Pues a eso vuelves?

ENRIQUE: ¡Ay mi bien! No puedo más.

*Vase ENRIQUE. Habla aparte al salir*

*ISABELA*

ISABELA: ¡Pasar delante de mí  
y fingir que no me ve,  
y después que le llamé,  
hablarme el marqués ansí!  
¡Grave conmigo y con seso!  
¿Qué ocasion habrá tenido,  
si por él he intercedido  
con el duque, estando preso?

LEONORA: Isabela.

ISABELA: Hermana mía.

LEONORA: ¿Qué tratas contigo a solas?

ISABELA: Amor es mar, y en sus olas  
anegar mi paz porfía.  
Basta, que de la prisión  
sale el marqués tan trocado  
que delante mí ha pasado  
con tan libre ostentación  
como si en toda su vida  
me hubiera querido bien.  
Dile, hermana, el parabién  
de ver tan presto cumplida  
Su libertad, negociada  
por mí, como Cleves sabe  
y él, tan necio como grave,  
dijo, la color mudada,  
"De dos libertades puede  
vuestra alteza, gran señora,  
darme plácemes ágora:  
del alma, que es la que excede  
a todas si estuvo presa  
en su amor; y la segunda  
del cuerpo, que es en quien funda

el parabién que confiesa."

Y haciendo una reverencia,  
puesto que cortés, mayor  
que las que permite amor,  
se partió de mi presencia.

LEONORA: Soñarás duque ya  
de Geldres, y que le espera  
por esposo su heredera.

ISABELA: ¿Cómo es eso?

LEONORA: Favor da  
mi hermano a sus pretensiones  
y, con él reconciliado,  
de la prisión le ha sacado,  
ofreciendo intercesiones  
con que consiga su intento.

ISABELA: ¿Mi hermano hace contra mí?

LEONORA: Házmelo afirmado así;  
no sé con qué fundamento.

Mas si tus celos procuran  
reducirle a su obediencia  
según muestra la experiencia,  
celos con celos se curan.

Anoche, hermana, te dije  
que de Enrique colegí  
que está perdido por ti.

ISABELA: Imposible amor le aflige.

LEONORA: Contemplarte como objeto  
de su amor quiere, y no más;  
pero no me negarás  
que no es Enrique sujeto  
más digno que Ludovico  
si es que partes personales  
juzgas por más principales  
que el ser noble y el ser rico.

ISABELA: ¿Qué querrás decir por eso?

LEONORA: No digo yo que te mueras  
por él aunque bien pudieras,  
pero en cualquiera suceso,  
para dar en qué entender  
al marqués, ¿donde hallarás

hombre que merezca más?

ISABELA:     ¿Había yo de querer,  
                  ni aun burlando, a quien alcanza  
fama sólo por letrado?  
En vez de darle cuidado,  
le diera al marqués venganza.

LEONORA:     No consentiré tampoco  
que trates a Enrique mal:  
amor que mira en caudal,  
o peca de necio o loco.  
          Enrique merece tanto  
por su mucha discreción,  
talle, gracia y opinión;  
que no sin causa me espanto  
          de que así le menoscabes.  
¿Tan divino entendimiento  
desprecias? ¿Y lo consiento?  
Lo poco muestras que sabes;  
          mas no son dignos tus ojos  
de que se logren en él.

*Hace que se va*

ISABELA:     Vuelve acá, que estás crüel.  
          ¿Por eso formas enojos?  
          Digo que Enrique es sujeto  
tan digno de ser querido,  
que al marqués pongo en olvido.  
Preferirle te prometo  
          a cuantos el mundo alaba.  
Desde que en palacio entró,  
de suerte me pareció,  
que si te le desdoraba,  
          era por no ocasionarte  
a que no siendo mi igual  
por él me tratases mal;  
pero ya intento agradarte  
          de suerte, porque me aplique  
al gusto y no al interés

que desdeñando al marqués,  
desde hoy doy el alma a Enrique.

LEONORA:       ¿Tú el alma a Enrique? ¿Estás loca?

A no tener sangre mía,  
saliera con su porfía  
el amor que te provoca.

Enrique ¿es más que un hidalgo,  
sucesor de un capitán  
a quien la cruz, de San Juan  
ennoblece, si es que es algo?

Aún legítimo no sé  
si merece que le nombre.  
¿Es Enrique más que un hombre  
que ayer de unos montes fue  
hijo, como ellos grosero?

¿Qué letras puede tener  
quien nunca escuelas fue a ver  
ni tuvo grados primero?

Celébrale la opinión  
porque lo que ignora precia  
y ya sabes tú que es necia  
la vulgar admiración.

En verdad, ¡por gentil modo  
celos al marqués causabas!  
¡Buen competidor llevabas!

ISABELA:       ¿Yo? Tú te lo dices todo.

Acábasme de pintalle  
más bello que un Absalón,  
más sabio que Salomón,  
más que un Narciso en el talle,  
y luego le has abatido,  
y hasta el suelo derribado.

¡Pobre galán malogrado  
que tan presto ha envejecido!

Pésate si le desprecio,  
y si le alabo me infamas.  
Cortés y sabio le llamas  
y luego grosero y necio.

Hasle subido a los cielos,  
y luego al suelo le arrojas.

Leonora, o son paradojas  
o para acertar, son celos.

LEONORA: ¿Celos yo de tan bajo hombre?

Si tenerlos de él pudiera,  
¿crees tú que te persuadiera,  
ni aun pronunciando su nombre,  
a que con él al marqués  
dieses celos?

ISABELA: Tú, Leonora,  
me lo propusiste agora.

Si tan humilde le ves,  
¿por qué en tan bajo sujeto  
gustabas que me emplease,  
y al marqués celos causase?

LEONORA: Porque son de más efeto

los celos, cuanto es más bajo  
el que los causa, y así  
un hombre bajo te di,  
que en consecuencia te trajo  
el gusto con que señalo  
la cura de ese veneno.

Para dar celos es bueno;  
pero para amarle malo.

Pero si estás persuadida  
a su amor, ríndele el pecho.

(Celos, ¿qué es lo que hemos hecho? Aparte  
¡Ay de mí, que voy perdida!)

*Vase LEONORA*

ISABELA: ¡Válgate Dios por mujer!

¿Que extrañas contradicciones  
a mis imaginaciones  
quieren dar en qué entender?

Sin duda quiere Leonora  
a Enrique, pues no permite,  
cuando mi elección le admite,  
mi amor, y así le desdora.

Mas no; que si le quisiera,

no había de aconsejarme  
que fingiese, por vengarme  
del marqués, esta quimera.

¡Qué de ello me le alabó!  
Y cuando le vio admitido  
por mí, ¡qué presto abatido  
me le desacreditó!

Misterio hay aquí sin duda;  
pero haya lo que hubiere,  
el marqués en Geldres quiere  
casarse, y amores muda.

Leonora me ha aconsejado  
que con Enrique le dé  
celos. De él me vengaré  
por solo razón de estado.

Si la comunicación  
de Enrique pudiese tanto,  
que con amoroso encanto  
me obligare a su afición,  
con Leonora me aconsejo;  
perdonará si le sigo,  
porque, en fin, del enemigo  
dicen que el primer consejo.

*Sale la DUQUESA*

DUQUESA: Albricias me puedes dar,  
Isabela, pues va ves  
En libertad al marqués.

ISABELA: Si da albricias un pesar,  
pídamelas vuestra alteza.

DUQUESA: ¿Pesar tú? ¿Cómo o por qué?

ISABELA: Porque en la arena sembré  
esperanzas y firmeza.  
Ludovico se nos casa  
en Geldres.

DUQUESA: ¡Válgame el cielo!

ISABELA: Siempre tuve este recelo,  
puesto que agora me abrasa.

Por él el duque intercede.

DUQUESA: ¿Quién te lo ha dicho?

ISABELA: Leonora

estas nuevas me dio agora.

Tanto, gran señora, puede

el interés, que atropella

obligaciones de amor.

Es el duque intercesor,

y mi opositora bella.

Mas si cuando amor se huye

celos le suelen volver,

hoy con celos he de ver

cómo al marqués restituye.

Mi hermana me ha aconsejado

que finja que a Enrique estimo,

y si a hacerlo no me animo,

es por no hallarle en estado

digno de esta competencia.

DUQUESA: El remedio es eficaz,

y el opositor capaz

en discreción y en presencia

para todo buen suceso

y aún para ser principal.

ISABELA: Si fuera al marqués igual,

que le amara le confieso

a vuestra alteza.

DUQUESA: ¿No es noble?

ISABELA: Tiene mediano valor.

DUQUESA: Sobre ése puede el favor

trasformar en palma un roble

y no es tan poco el que alcanza

del duque, que no merezca

que al marqués celos ofrezca,

si alentamos su privanza.

Quédese esto por mi cuenta,

y por la tuya el vengar

por medio suyo el pesar

que darte el marqués intenta.

ISABELA: Alto. Si así le parece

a vuestra alteza, desde hoy

principio a este engaño doy.  
Mas ¿si con Enrique crece  
la ocasión de estas quimeras,  
y comenzando el favor  
de burlas, se alzase Amor  
en mi libertad de veras?

DUQUESA: Nunca otro mal te suceda.  
¿Cuántas veces habrá entrado  
uno en casa por criado  
que por su dueño se queda?

*Sale el DUQUE*

DUQUE: Muerto se nos ha, duquesa,  
el mayordomo mayor.  
Grande experiencia y valor  
nos falta.

DUQUESA: Mucho me pesa;  
mas para que consolar  
su pérdida, señor, pueda  
vuestra alteza, en Cleves queda  
quien ocupe ese lugar.

DUQUE: ¿Tenéis vos satisfacción  
de que haya en Cleves sujeto  
tan expediente y discreto  
como el muerto?

DUQUESA: La opinión  
de Enrique...

DUQUE: Es muy mozo Enrique  
para que en mi casa mande,  
y el cargo le viene grande.

DUQUESA: ¡Cuando por él te suplique,  
puede mi favor suplir  
la edad, no la suficiencia;  
que ésa en su ingenio y presencia  
fiadora puede salir  
de las ventajas que hace  
al mayordomo.

DUQUE: Está bien.

Si a vos os parece bien,  
Enrique me satisface.

Entre Enrique en esa plaza.

DUQUESA: Mucho, gran señor, os debo.

DUQUE: Como en palacio es tan nuevo,  
aunque es persona de traza,  
murmuraciones ocultas  
del vulgo desenfrenado  
estorban no le haber dado  
mis papeles y consultas.  
Daréselas al marqués;  
que, en fin, el estilo sabe  
de mis despachos.

DUQUESA: No cabe  
cargo de tanto interés  
en tan liviano sugeto.

DUQUE: Isabela volverá  
por él, que favor le da.

ISABELA: ¿Yo, señor? Pues ¿a qué efeto?

DUQUE: ¿No os parece digno a vos  
el cargo a que le provoco?

ISABELA: Yo de consultas sé poco.  
Una tuve con los dos  
y aunque entré en primer lugar,  
tan mal despacho he tenido  
que pretensiones olvido  
sin querer desazonar  
las que te causan cuidado  
y solicitas por él;  
mas si hallas caudal en él  
para ponerle en estado,  
no sé por qué dificultades  
lo que menos me parece,  
pues quien duquesa merece,  
bien merecerá consultas.

DUQUE: ¿Luego ya sabes que quiero  
casar al marqués?

ISABELA: Quien ama  
tiene cohechada a la fama  
que se lo avisa primero.

DUQUE: ¿Y no haces más sentimiento?

ISABELA: ¿Para qué? ¿No es necedad  
ir contra tu voluntad?

DUQUE: Alabo tu sufrimiento,  
puesto que culpo su amor;  
que yo lo disimulaba,  
porque tus penas dudaba

ISABELA: ¿Penas yo? ¡Que no, señor!  
Ya me lo ha dicho Leonora  
y, consolada por ella,  
sé que es más rica y mas bella  
mi amada competidora.  
Cásale cuando quisieres;  
que estando tú satisfecho,  
yo renuncio mi derecho.

DUQUE: Amante animosa eres.  
La licencia que me has dado,  
acepto. Haz cuenta que ya  
casado el marqués está.

ISABELA: Hágle Dios bien casado.

DUQUESA: Señor, las consultas pido  
para Enrique.

*A ISABELA*

DUQUE: Poco amor  
te debe el marqués.

DUQUESA: Señor,  
Enrique me ha parecido  
digno para tal empresa;  
ese cargo se le aplique.

DUQUE: Mucho rogáis por Enrique.  
Basta lo dado, duquesa.

DUQUESA: Yo por conocer, señor,  
lo que ese oficio mejora...

DUQUE: No es título Enrique agora,  
y fue lo su antecesor.  
Desacredito ese cargo,  
si a un pobre hidalgo le doy.

DUQUESA: Pues yo de su parte estoy.  
De honrar a Enrique me encargo.  
A Moncastel le daré  
con el título de conde,  
que es mío. Si corresponde  
con lo que le supliqué,  
vuestra alteza haga este bien  
a Enrique, pues ve es propicio.

DUQUE: Andad, dadle aqueso oficio  
y hacedle duque también.

*Vase el DUQUE*

ISABELA: Enojado va.

DUQUESA: Hele instado  
demasiado.

ISABELA: Es verdad.

DUQUESA: Cualquiera importunidad  
causa al poderoso enfado;  
pero, en fin, ya Enrique puede  
competir con el marqués.  
Mayordomo mayor es,  
conde y secretario.

ISABELA: Excede  
la pasión con que mis cosas  
miras, al mayor deseo.

DUQUESA: Gusto que logres tu empleo  
en las prendas generosas  
de Enrique y tengo de honrarle  
cuanto pudiere, por ti.  
Conde es ya.

ISABELA: Señora, sí.

DUQUESA: Pues si lo es, empieza a amarle.

*Sale ENRIQUE*

ENRIQUE: (Mandóme venir a ver      Aparte  
a Isabela mi Leonora.  
Amor, si el alma la adora,  
¿cómo fingiréis querer

a quien aun mirar recela  
la vista, porque mis ojos  
no puedan causarla enojos?  
Pero--¡ay cielos!--Isabela  
y la duquesa son éstas.  
Estando en su compañía,  
engaños, por este día,  
si con ficciones molestas  
la pensastes persuadir  
a que era su amante yo,  
la duquesa os estorbó  
el engañar y el mentir.  
¡Plegue a Dios que siempre esté  
Isabela acompañada!

*Saluda ENRIQUE las damas, quedándose distante  
de ellas. Salen LEONORA y LUDOVICO. Hablan éstos aparte al  
salir*

LUDOVICO: Libertad aprisionada  
me dio el duque, pues quedé,  
cuando más libre, más preso,  
Leonora hermosa, por vos.

LEONORA: Marqués, hazañas de un dios  
tan liviano y tan travieso,  
disculpan vuestra mudanza,  
y estoyle yo agradecida.

*La DUQUESA e ISABELA hablan aparte*

DUQUESA: Isabela, apercebida  
Tiene el ciclo tu venganza.  
Leonora con el marqués  
hablando en secreto está.

ISABELA: Sobre sus bodas será.

DUQUESA: Presente a tu Enrique ves,  
favorécele de modo  
que a Ludovico castigues,

y a su opositor obligues;  
que ocasión es para todo.

ISABELA: Uno y otro intento hacer  
tanto por quedar vengada  
del uno, como inclinada  
al otro. (Hoy tengo de ver      Aparte  
si es de Leonora querido  
Enrique, como sospecho,  
tan alabado y deshecho,  
tan sublime y abatido.)

*Lléganse a Enrique la DUQUESA e  
ISABELA*

DUQUESA: Mayordomo el Duque os hace  
mayor, por la intercesión  
de Isabela, en ocasión  
que de vos se satisface.  
Besadle, Enrique, la mano.

*Besádosela*

ENRIQUE: Para que le sacrifique  
el alma.

LEONORA: (¡Ay cielos! ¿Enrique,      Aparte  
sin mi licencia, liviano  
la mano a Isabela besa?)

LUDOVICO: (¿La mano Isabela da      Aparte  
a un hombre, sin ver que está  
mirándole la duquesa,  
sin reparar en mis celos?  
¿Sin advertir en mi amor?)

LEONORA: (Sin mi permisión, traidor,      Aparte  
¿la mano a mi hermana? ¡Ay cielos!)

LUDOVICO: (Vengue mi agravio Leonora      Aparte  
por el mismo estilo y paso.)

LEONORA: (Haced, celos, pues me abraso,      Aparte  
a dos manos desde agora.  
Favoreceré al marqués

a costa de mi recato,  
hasta que pierdas, ingrato,  
el seso, y mueras después.)

ISABELA: Deseo yo mucho, Enrique,  
que vuestro acrecentamiento  
iguale al entendimiento  
que tenéis, y certifique  
quien á quereros empieza  
que puede en sugetos tales  
hacer que junten caudales  
Fortuna y Naturaleza.  
La duquesa mi señora  
os hace todo favor  
con el duque mi señor.

*Hacen que hablan entre sí LEONORA y el  
marqués LUDOVICO, y están atentos a lo que hablan los  
otros*

DUQUESA: Por vos soy su intercesora.  
Quiero yo mucho a Isabela  
y, porque vos la sirváis,  
si pobre no os alentáis  
al amor que la desvela,  
conde os llame Moncastel  
que a mi estado pertenece,  
y mi favor os le ofrece.

ENRIQUE: Vuestro esclavo soy sin él.  
(Cuantas más mercedes gano, Aparte  
más mudo y confuso estoy.)

DUQUESA: Por Isabela os le doy.  
Besadle otra vez la mano.

*Besándosela*

ENRIQUE: Dos dichas así intereso,  
con que envidien mi fortuna,  
honrándome vos la una,

y la otra el cristal que beso.

LEONORA: (Esto va ya rematado. Aparte  
¿Cómo, celos, no doy voces?)

LUDOVICO: (Celos, verdugos atroces, Aparte  
¡la mano otra vez le ha dado!  
¿Y yo presente y sufriendo?  
¿Yo padeciendo y callando?)

LEONORA: (¿No es mejor morir matando, Aparte  
que tener vida muriendo;  
pues Enrique me ofendió,  
vénguese mi agravio así.)

*Cae, y dale la mano al marqués*

*LUDOVICO*

¡Jesús!

LUDOVICO: ¿Qué es esto?

LEONORA: Caí;  
el chapín se me torció.

LUDOVICO: Si cayendo, levantáis  
mi dicha a tal bien, señora,  
caed mil veces cada hora.  
Pues vos la mano me dais,  
no yo a vos; que a no caer,  
nunca yo me levantara  
a la ventura más rara  
que pudo amor merecer,  
Pues llega el alma a imprimir  
mis labios en esta cera.

*Bésale la mano*

(Mas--¡ay, cielos!--si lo fuera, Aparte  
no me obligara a morir  
el tormento con que lucho,  
a tanta sospecha, expuesto.  
¡Qué forzado que digo esto!)

LEONORA: (¡Que a mi pesar esto escucho!) Aparte

LUDOVICO:     ¡Que mi boca mereció,  
                  cielos, bien tan soberano!

*ISABELA habla aparte con la DUQUESA*

ISABELA:     ¿Besóla el marqués la mano?

DUQUESA:     Sí, Isabela, sí besó.

ISABELA:     No es en Geldres, segun esto,

                  donde Ludovico adora;

                  aquí sí donde Leonora

                  en él los ojos ha puesto.

                  No en balde me aconsejaba

                  que hiciese a Enrique favor.

                  ¡Ay poco avisado amor!

                  ¡Qué ignorante de esto estaba!

                  Basta, que intenta mi hermano,

                  casándolos a los dos,

                  Alma, burlarse de vos,

                  y que ya se dan la mano.

DUQUESA:     Todas son estratagemas,

                  que amor soldado apercibe;

                  pues das heridas, recibe,

                  y abrasa, pues que te quemas.

ENRIQUE:     (En mi agravio tropezó     Aparte

                  Leonora; pero será

                  porque con celos, está

                  de que dos, veces me vio

                  besar la mano a Isabela.

                  ¿Qué he de hacer? No pude más.

                  ¡Ay mi bien! ¡Cuál estarás!

                  Deshaga Amor esta tela.)

LUDOVICO:     ..... [ -és]

                  Besar esta mano tengo

                  tres veces; (Porque así vengo     Aparte

                  dos besamanos con tres.)

*Lo hace*

ISABELA: (No sabe quitar los labios Aparte  
de su mano. Loca quedo.  
Celos, haced, que no puedo  
disimular mis agravios.)  
Enrique, quitaos allá  
que celos en competencia  
atormentan mi paciencia.  
Ludovico me los da  
necio es quien amar pretende  
dama por otro celosa.

LEONORA: Marqués, pena ponzoñosa  
os desatina y suspende.  
A Isabela habéis querido;  
celos agora tenéis.  
Por más que disimuléis,  
yo sé bien que estáis perdido.  
Apartaos, dejadme aquí;  
que no estáis hoy con sazón.

LUDOVICO: Tenéis, señora, razón;  
que ni estoy en vos ni en mí.  
Pensé con vos despicar  
mis sentimientos y enojos;  
mas con celos a los ojos,  
¿qué paciencia ha de bastar?  
A formar agravios voy  
de mi ingrata.

*A la DUQUESA*

ENRIQUE: Gran señora,  
dar cuenta quiero a Leonora  
del favor que me hacéis hoy,  
pues es justo que publique  
a todos tanta merced.

DUQUESA: Andad, habladla, y creed  
que os tengo de honrar, Enrique.

*Truecan de puesto los dos galanes*

LUDOVICO: Ya no bastan sufrimientos

para tantos desengaños;  
Ingrata, dén a mis años  
temprano fin tus tormentos.

Paga mal a un bienquerer;  
sé inconstante a mi firmeza,  
pródiga de tu nobleza,  
mudable, en fin, y mujer;  
pero no me hagas testigo  
de tus livianos desvelos;  
que darme a los ojos celos  
es insufrible castigo.

¿Qué ocasión jamás te di  
con que de mí quejas tengas?  
¿Qué injurias son las que vengas  
que me atormentas así?

Dé a Enrique tu amor ingrato  
favor que su dicha aliente  
mas no estando yo presente,  
y ofendiendo tu recato.

Escalas de noche admite  
que el sol al duque revele;  
Amor a tus rejas vele,  
si en tal mujer se permite;  
mas no en mi presencia trates  
ansi a quien ya reconoces,  
si no quieres que dé voces,  
y que diga disparates.

ISABELA: ¿Qué dices? ¿Vienes sin seso?

¿Con Leonora no te casas?  
¿Puedes negar que te abrasas  
por ella? Dígalo un beso  
en su mano continuado  
y en mi presencia atrevido.  
Del mismo duque he sabido  
la palabra que la has dado.

¿Qué me quieres?

LUDOVICO: ¿Vos, señora,

consentís esto?

DUQUESA: No sé  
como admite vuestra fe,  
viéndoos tan fácil, Leonora.  
Yo quiero bien a Isabela,  
y sus partes solicito.

LUDOVICO: Pues siendo suyo el delito,  
¿ Me ofende vuestra cautela?  
Ha un mes que es de Enrique esposa,  
y tercero en Belpaís  
un jardín, ¿y desmentís  
mi sospecha rigurosa?  
Todo Enrique me lo ha dicho.

ISABELA: ¿Qué es esto, marqués? ¿Qué es esto?

LEONORA: ¡Ah, Enrique! ¡Enrique! ¡Qué presto  
de quién sois habéis desdicho!  
¿Mudable a la primer prueba?  
¿Al primer lance liviano?  
Rendido a la primer mano?  
¿Idolatrada por nueva?  
¿Besada por inconstante?  
¿Por más bella apetecida?  
¿Vos fácil y yo ofendida?  
¿Yo celosa y vos constante?

ENRIQUE: Mi bien, ¿no fue traza vuestra,  
por encubrir nuestro amor,  
el pretenderla?

LEONORA: ¡Ah, traidor!  
De tus engaños das muestra.  
Que la pretendieses, sí;  
pero no que en una mano  
sellase el labio villano  
tu amor las veces que vi.

ENRIQUE: Si supieras la ocasión...

LEONORA: ¿Tú, ocasión?

ENRIQUE: ¡Ay prenda bella!  
Hízome el duque por ella  
mayordomo.

LEONORA: ¿Y no es traición  
el dejarte tú obligar

de quien sabes que me ofende?

ENRIQUE: La duquesa que pretende  
en mi su favor mostrar,  
de Moncastel me hace conde  
a intercesión de tu hermana.  
La nobleza es cortesana,  
y yo quien la corresponde.  
Por eso, y por ser su gusto,  
segunda vez la besé  
la mano.

LEONORA: Y que el tuyo fue.

ENRIQUE: ¿Pues no te parece justo  
ser agradecido?

LEONORA: ¡Y cómo  
eres todo cortesía!  
Goce vuestra señoría  
titulado mayordomo,  
el título y prenda bella  
que el duque le ha granjeado;  
que pues ya el dote le ha dado,  
presto casará con ella.

*Hácele una gran reverencia, y se va LEONORA.*

*La sigue ENRIQUE*

Leonora, mi bien, mi cielo,  
sólo amarte estimo yo.

*Vase ENRIQUE*

LUDOVICO: ¿Cómo su cielo llamó  
Enrique a Leonora?

ISABELA: Fuélo,  
si como antes sospeché  
se han querido bien los dos.

LUDOVICO: ¡Oh villano! Vive Dios,  
que ántes que tu engaño dé  
materia a mi nuevo agravio,

la vida te he de quitar.

DUQUESA: Si el saber es engañar,  
con razón le llaman sabio.

LUDOVICO: ¡Finges que a Isabela quieres,  
hácesme amar a Leonora,  
y sales con eso agora!  
¿Por cuál de estas dos mujeres  
le hacen guerra tus desvelos?  
Declárense ya tus dudas;  
que al paso que damas mudas,  
se van mudando mis celos.

*Vase LUDOVICO*

DUQUESA: Sin despedirse se fue  
el marqués.

ISABELA: Quiere a mi hermana.  
No fue mi sospecha vana.  
Que amaba en Geldres pensé;  
pero acercáronse más  
mis celos.

DUQUESA: Si a Enrique adora  
también tu hermana Leonora,  
fértil cosecha tendrás  
de celos.

ISABELA: Danme pesares  
los de Enrique y del marqués;  
que porque muera cual ves,  
los celos padezco a pares.

DUQUESA: ¿Cuáles sientes más?

ISABELA: Ignoro  
a quien deba más tormento:  
los del marqués lloro y siento,  
los de Enrique siento y lloro.  
Solo sé que el ciego dios  
da, señora, a mi fortuna  
las dichas de una en una,  
y las penas de dos en dos.

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

## ACTO TERCERO

---

*Sale el DUQUE*

DUQUE: Honor, si dais licencia a que fabrique  
sospechas el temor que os desvanece,  
a Enrique la duquesa favorece  
¿osaréis afirmar que quiere a Enrique?  
Por ella es mayordomo; multiplique  
nobles cargos en él, pues los merece;  
las consulta le alcanza. Bien parece  
que a un sabio mis despachos comunique.  
Hízole conde; ya, sospechas, pasa  
de lo justo el favor que manifiesta  
quien con tanta eficacia a honrarle acude.  
Yo, honor, no afirmo que por él se abrasa;  
mas para deslucir su fama honesta,  
basta dar osasión a que se dude.

*Sale LEONORA*

LEONORA: Dícneme que vuestra alteza  
me llama.

DUQUE: Hoy te has de casar.  
El marqués, que á tu belleza  
adora, no da lugar  
a tu espaciosa tibieza.

LEONORA: ¿Con tanta aceleración  
sin estar apercebida?

DUQUE: Amor todo es prevención.

LEONORA: Ansí alargue Dios tu vida  
y te dé real sucesión,  
que el plazo dilates más.

DUQUE: Causa a sospechar me das  
mil desatinos, Leonora.  
Si el marqués tu luto adora,  
si por él tan ciega estás  
que los papeles le escribes  
que tu liviandad señalan,  
si en Belpaís le recibes,  
si a atrevimientos que escalan  
honras, rejas le apercibes,  
¿por qué con vanas excusas  
lo que apetece rehusas?

LEONORA: Temo causar a Isabela,  
que ya estas cosas recela,  
la muerte.

DUQUE: De engaños usas  
más que de piedad con ella.  
Ya no tienes que temer  
ni casarte, ni ofendella.  
Del marqués te quiere hacer  
gracia. Aprovechate de ella.  
Todo tu amor ha sabido,  
y más que tú recatada,  
pone su amor en olvido.

LEONORA: (Sospecha, ya averguada, Aparte  
si mi hermana ha aborrecido  
a Ludovico, ¿quién duda  
que en Enrique su amor muda?)

DUQUE: Determinate, Leonora;  
que has de estar dentro de un hora  
casada, si fuiste viuda.

LEONORA: Señor, en caso tan grave  
darme mas plazo es razón.

DUQUE: ¿Quieres que tu vida acabe?

LEONORA: Importa la dilación.

DUQUE: ¿Di por qué?

LEONORA: Enrique lo sabe.  
Comunicalo con él;

que es discreto, sabio y fiel  
y si no te disuadiere  
de tu intento, y persuadiere  
a que en eso eres crüel,  
yo me casare al momento.

DUQUE: Si en eso está tu cuidado,  
aunque ignoro el fundamento,  
Enrique me ha aconsejado  
que abrevie tu casamiento.

LEONORA: ¿Quién, señor?

DUQUE: Enrique.

LEONORA: ¿Cómo?

¿Quién dices?

DUQUE: Enrique el fiel,  
cuyos pareceres tomo;  
e conde de Moncastel,  
secretario y mayordomo.

LEONORA: ¿Ése es posible que diga,  
contra la fe que le obliga  
a cosas que le he fiado,  
que me cases? ¿Él te ha dado  
tal consejo?

DUQUE: No prosiga  
tu torpe lengua adelante;  
que ya de Isabela sé  
que ese vil hombre es tu amante  
y tu engaño averigüé  
con industria semejante.

Isabela, que mejor  
que tú guarda los respetos  
de su calidad y honor,  
penetrando los secretos  
de tu descompuesto amor,  
tus desvelos ha advertido,  
y remedio me ha pedido  
del honor que tiranizas,  
con que agravias las cenizas  
de tu difunto marido.

Que estás perdida me dijo  
por ese Enrique villano,

de un pobre soldado hijo;  
y no afirmándolo en vano,  
dos cosas de aquí colijo  
o que éste fue el que admitiste  
a que celase tu fama  
y el vil papel escribiste,  
por quien la amorosa llama  
de Ludovico fingiste;  
o que si el marqués ha sido  
hasta aquí de ti querido,  
con afrentosas mudanzas  
a Enrique das esperanzas,  
y a esotro desdén y olvido.

Mas como quiera que sea,  
yo haré que en ese traidor  
severos castigos vea  
Alemania, del rigor  
que en mi justicia se emplea.

El tálamo que esperaba  
cuando tu amor escalaba,  
hoy un cadalso ha de ser,  
donde Cleves pueda ver  
la deslealtad cómo acaba.

*Hace que se va el DUQUE*

LEONORA: Señor, señor, oye, espera.  
(¡Ay, Enrique desdichado!)      Aparte  
Que te engaña considera  
quien celosa te ha informado  
contra mí de esa manera.  
Cuando a ese hombre des la muerte,  
yo sé que la llorará  
más que yo la que te advierte  
que mi amor causa te da  
a tratarme de esa suerte.  
Si yo te hubiera mentido,  
o el marqués no hubiera sido  
el blanco de mi cuidado,



Honra, ya os lloro por muerta;  
que si la injuria no es cierta,  
no se da con ella en cara.

Quien me pidió para él  
tantas casas en un día,  
la mayor mayordomía,  
la villa de Moncastel,  
tanta consulta y papel...  
¿Qué bien arguyó Leonora!  
La duquesa a Enrique adora,  
y el mayordomo traidor,  
por ser en todo mayor,  
mayor mi injuria hace agora.

Mas ¿si la sospecha ciega  
mi hermana engañó también?  
Eso no; que los que ven  
más alcanzan que el que juega.  
Lo afirma el temor, niega  
la fe que es bien que dedique  
a mi esposa, aunque fabrique  
culpas; pero en tal desgracia,  
no está confirmada en gracia,  
que bien puede amar a Enrique. b

Gobernadme vos, prudencia.  
No deis lugar a la ira  
que cuando con pasión mira,  
hace al engaño evidencia.  
Nunca el cuerdo juez sentencia  
por indicios los castigos,  
Aún de los más enemigos;  
y si mis celos la acusan,  
sus virtudes la recusan,  
pues no valen por testigos.

*Sale LUDOVICO, hablando para sí al  
salir*

LUDOVICO: Todo soy confusiones,  
celos, penas, congojas y pasiones.

Leonora me desvela;  
desdenes me atormentan de Isabela.  
Si entre las dos navego,  
por Scila y por Caríbdis, de amor ciego,  
dará al traste conmigo  
niño piloto, cuyo rumbo sigo.

DUQUE: Ludovico, ¿qué es eso?

LUDOVICO: Cárceles, gran señor, que libre preso  
padezco, y cuando ordeno  
desenlazarlas más, más me encadenó.

DUQUE: Culparéisme de ingrato  
porque palabras dadas os dilato  
y no os doy a Leonora;  
pero casándoos hoy, si plazos llora  
Amor que todo es prisa,  
convertiréis, marqués, llantos en risa.  
Hoy quiero desposaros;  
hoy mi hermana su dueño ha de llamaros.

LUDOVICO: ¿Quién, gran señor?

DUQUE: Leonora,  
por quien mudanzas vuestras siente y llora  
Isabela olvidada.

LUDOVICO: Ya Leonora, señor, tiene ocupada  
la voluntad, que apenas  
el alma rescato, cuando en ajenas  
prisiones la cautiva.  
¡No quiera Dios que por mi causa viva  
sin gusto su belleza,  
siendo tirano de ella vuestra alteza!

DUQUE: ¿Qué decís?

LUDOVICO: Que resuelto  
a no ofenderla, la palabra os suelto,  
pues si a otro el alma ha dado,  
y con ella me casa mi cuidado,  
¿de qué sirve que en calma  
su cuerpo goce yo, y Enrique el alma?

DUQUE: ¡Enrique! ¿Cómo es eso?

LUDOVICO: Empresa es de Leonora, y él su preso.

DUQUE: ¿Quién dijo tal mentira?

LUDOVICO: El alma que Argos toda a Enrique mira,

y para darme enojos,  
Enrique es todo lenguas, si ella es ojos.  
Yo oí, señor, llamalla  
du bien, su cielo...

DUQUE:                    Calla, marqués, calla;  
que no es bien que desdores  
de esa suerte a mi hermana. Tus amores,  
por ser cual tú mudables,  
te obligaran a que en su ofensa hablas  
tan libre y sin consejo,  
cuando es mi hermana de Alemania espejo.  
Habráste reducido  
al amor de Isabela, agradecido  
a lo que su firmeza  
merece, que es igual a su belleza.  
Bien, marqués, me parece.  
Si tú la quieres bien, ella padece.  
No intento violentaros.  
Al punto habéis los dos de desposaros.  
Perdonará Leonora;  
que es más antigua, en fin, su opositora.

LUDOVICO:    ¿Yo, señor, e Isabela  
desposarnos?

DUQUE:                    Si la amas, ¿qué recela  
tu confusión dudosa?  
¿No merece mi hermana ser tu esposa?

LUDOVICO:    Yo, gran señor, he sido  
quien llora por no haberla merecido.  
Ya ella te ha excusado  
con cuerda prevención de ese cuidado.  
Casada es ya Isabela.

DUQUE:        ¿Qué dices? ¿Estás loco?

LUDOVICO:                Amor que vuela,  
ligeramente alcanza  
la posesión, que sigue a la esperanza.  
Belpaís sea testigo,  
pues su tercero fue, de esto que digo.

DUQUE:        ¿Isabela casada,  
y yo ignorante de eso?

LUDOVICO:                Retirada,

en Belpaís, sus flores  
ocasionaron tiernas sus amores.

DUQUE: No es posible que crea,  
sino que tu mudanza que desea  
variar cada instante  
objetos amorosos, la levante  
mentiras que no creo.  
Servístela primero, y el deseo  
que cuantas ve apetece,  
por Leonora después se desvanece.  
Despertaste en su luto  
difuntos pensamientos que sin fruto  
permitieron escalas,  
con que tu culpa a tu mudanza igualas.  
Cogióte mi cuidado  
asaltando su honor, y habiendo estado  
tan justamente preso,  
me confesaste tu liviano exceso.  
Yo entónces deseoso  
de soldar este daño, hacerte esposo  
prometí de Leonora,  
y afirmasme que quiere a Enrique agora.  
Creí que reducido  
al amor de Isabela, habías fingido  
contra ella aquese engaño;  
doyte a Isabela, y para mayor daño  
de su fama injuriada,  
me dices que con otro está casada.  
¿Qué es esto, Ludovico?  
Mil cosas en tu daño verifico.  
Mientras no me dijeres  
el autor de este insulto, creeré que eres  
tú solo el que desdora  
la fama de Isabela y de Leonora  
y vuelta en aspereza  
sin piedad, no aseguro tu cabeza  
mientras no me revela  
quién es quien me agravió con Isabela.  
¡El cielo eterno vive,  
que el agravio y deshonor que recibe

Leonora despreciada  
por ti, después de fe y palabra dada  
de casarte con ella,  
y la que en Isabela se querella  
del agravio que la haces,  
si dándole el amor no satisfaces  
a lo que no es creíble,  
en Cleves has de ser ejemplo horrible  
de ingratos y de alevos,  
que escarmiente con tu muerte Cleves.

LUDOVICO: Señor, ya es el secreto  
dañoso en mí. Perdona su respeto  
y advierte que el que puso  
en tu palacio escalas, y dispuso  
profanar atrevido  
el real honor que tanto has ofendido,  
no ha sido yo.

DUQUE: ¡Otro engaño!

LUDOVICO: Isabela fue causa de ese daño.  
Ella al amor rendida  
de un hombre desigual en sangre y vida  
a su augusta nobleza,  
escalas permitió que tu grandeza  
abatiesen, no en vano,  
pues de esposa le dio palabra y mano.  
Éste llevó tu espada  
la noche para mí tan desdichada,  
véspera de aquel día  
en que cayendo yo, quebré la mía.  
Pedísela, ignorante  
que sucediese caso semejante;  
pues si yo te ofendiera,  
claro está que con ella no viniera  
a provocar tu furia,  
y hacerme delincuente de tu injuria.  
Prendíste me por ella,  
formando mi prisión de ti querella.  
Contóme temeroso  
todo este caso el encubierto esposo  
de Isabela, engendrando

celos mi amor en que me esté abrasando.  
Conjuróme, en efeto,  
a que guardase contra mí el secreto  
de tan ciego accidente,  
haciéndome, cual viste, delincuente  
del insulto que digo.  
Soy bien nacido, en fin, y él es mi amigo  
y, así contra mis celos,  
a costa de pesares y desvelos,  
culpado me confieso,  
y a Leonora atribuyo este suceso,  
porque mudando en ella  
el amor de su hermana ingrata y bella,  
mejor te dispusiese  
a que de esposa mano y fe me diese;  
mas viendo que ama a Enrique,  
puesto que es bien que celos multiplique,  
no querrá Dios que tuerza  
su gusto, y que casándose por fuerza  
sus lágrimas permita.  
Leonora a Enrique en su favor admita  
porque yo desde agora  
a Isabela renuncio y a Leonora.

DUQUE:           ¿Qué de engaños que os ha hecho  
el amigo que ocultáis!  
Mal de Isabela pensáis;  
mal de Leonora sospecho;  
    No debéis callar quién es  
el que os ha sido traidor.

LUDOVICO:    Di mi palabra, señor,  
de no decirlo.

DUQUE:           Marqués,  
    no ocasionéis más mi enojo.  
Decidme cómo se llama  
el violador de mi fama.

LUDOVICO:    Por mejor la muerte escojo  
    que ir contra el juramento  
y palabra que le di.  
Basta lo que he dicho aquí.

DUQUE:       Pues si en ese fundamento  
              corre riesgo la opinión  
que sospechoso os desvela,  
porque no deis a Isabela  
culpas que tuyas no son,  
    y podéis saber cuán fiel  
amigo el tiempo os señala,  
ved por quién puso la escala,  
en ese roto papel.

*Dale el DUQUE los pedazos de papel que recogió  
en el primer acto, y vase*

LUDOVICO:     ¿Qué es esto, cielo? En pedazos  
letras de Leonora veo.  
¡Oh amor, confuso Teseo!  
¿Cuándo saldré de estos lazos?

*Lee*

*"Duque a caza," en éste dice.*  
Nada colijo de aquí.

*Lee*

*"Noche la escala," ¡Ay de mí!*  
¡Qué presto me satisface  
    de engaños que Enrique pinta!  
Por Leonora fue la escala,  
que, en este papel señala.

*Lee*

*"La respuesta en esta cinta..."*  
Ya me dijo que tercera  
fue una cinta de su amor.

Basta, que Enrique es traidor.  
¿Hay mas confusa quimera?  
¡Válgame el cielo! ¿A qué efeto,  
si Leonora fue su dama,  
ofendió Enrique la fama  
de Isabela? A ser discreto,  
como tiene la opinión,  
¿más acertado no fuera,  
que la verdad me dijera,  
sin que la reputación  
de Isabela peligrara,  
ni dar materia a mis celos?  
Sospechas, viven los cielos,  
que he visto la traición clara  
con que Enrique al duque ofende,  
a Leonora, a Diós y a mí.  
Al duque, pues ama ansí  
a su hermana y la pretende;  
a Leonora, pues la olvida  
por Isabela, después  
que su esposa dice que es;  
y a mí la fama ofendida  
de Isabela, pues me jura,  
que, mi amor menospreciado,  
mano de esposo le ha dado.  
¿Gozaría la hermosura  
de Leonora, y viendo luego  
a Isabela, mudaría  
en ella su amor? Sí haría;  
que por eso pintan ciego  
a este dios, pues no repara  
rn leyes ni inconvenientes.  
Por atajar los presentes  
de mi amor, es cosa clara  
que me persuadió a querer  
a Leonora--¡arbitrio extraño!--  
para que con este engaño  
no le pudiese ofender  
mi amorosa competencia,  
quedando su pretensión

libre y sin oposición.

No hay duda; esto es evidencia.

Pero--¡cielo!--a dos hermanas

osa pretender un hombre

sin que el peligro le asombre?

¿Sin temer leyes cristianas?

Áunque para tanto agravio

salida hallará su ciencia;

que la mas ancha conciencia,

dice el vulgo, es la del sabio.

El viene aquí. Honrosa muerte

es dársela por mi mano.

La de un verdugo villano

el duque darle concierto;

que declarándole ya

toda la verdad que ignora

a Dios, a mí y a Leonora

juntamente vengará.

*Sale ENRIQUE hablando aparte al*

*salir*

ENRIQUE: (Por haber Leonora dado

en que a Isabela pretenda,

me ha de perder, sin que entienda

su ciega razón de estado.

¿Cuándo en, tu jurisdicción,

Amor, que en vano resisto,

razón de estado se ha visto,

si nunca amas por razón?

Pero el marqués está aquí.

LUDOVICO: A estar vos menos culpado,

y yo no tan injuriado,

satisficiera por mí

la venganza merecida

de tanto engaño y enredo;

pero como no lo quedo

con privaros de la vida,

remito a otro ejecutor,

digno de vuestras traiciones,  
las justas satisfacciones  
que suelen dar a un traidor.

ENRIQUE: Ludovico, ¿habláis conmigo?

LUDOVICO: ¿Pues con quién tengo de hablar  
de esta suerte?

ENRIQUE: Doy lugar,  
por haber sido mi amigo,  
a vuestro enojo y mi agravio.

LUDOVICO: ¿Con cuántas almas vivís,  
que en tantas las repartís?  
¿Vos sois noble? ¿Vos sois sabio?  
¿Pueden dar dispensación  
las letras de que os preciáis,  
para que a un tiempo queráis  
dos hermanas? ¿Hay razón  
para injuriar a Leonora,  
y amar después a Isabela?  
Poned en África escuela,  
pues tenéis el alma moro  
si es que sus leyes tiranas  
vuestro desatino admiten,  
y en su Alcorán os permiten  
casaros con dos hermanas.

ENRIQUE: ¿Qué decís, marqués? ¿Qué es eso?  
De mi templanza aprended  
a enfrenar enojos.

LUDOVICO: Ved  
de vuestro insulto el proceso  
en este papel agora.

*Dale los pedazos de papel*

¿Conocéisle?

ENRIQUE: En sus renglones  
de Isabela leo razones,  
y la letra es de Leonora.

LUDOVICO: ¡Qué decís? Pues ¿a qué efecto  
Isabela necesita

de ajena pluma, e incita  
a que peligre el secreto  
con que me afirmáis que os quiso?

ENRIQUE: ¿Pues agora ignoráis vos  
que no hay secreto en las dos  
de que no se den aviso?

¿Cómo lograrse pudiera  
tan dilicultoso amor,  
si de Leonora el favor  
de mi parte no estuviera?

Ella en la amorosa quinta  
fue nuestra tercera fiel.

LUDOVICO: Pues ¿de qué sirvió el papel  
cada noche de una cinta  
con tanta industria colgado,  
si fue su hermana Leonora,  
de vuestro amor sabidora?

ENRIQUE: Por no fiar de un criado  
negocios de tanto peso;  
pues mal Leonora podía  
dármelos, cuando vivía  
en su mismo cuarto.

LUDOVICO: En eso  
decís bien; pero ¿por qué  
es la letra de Leonora,  
pues Isabela no ignora  
el escribir?

ENRIQUE: Eso fue  
un día que estuvo mala;  
que quien el alma le fía,  
también fiarle podía  
un papel.

LUDOVICO: En fin, ¿la escala  
fue para Isabela?

ENRIQUE: Pues  
¿podéis vos dudar en eso,  
si os lo dije estando preso?  
Dadme crédito, marqués.

LUDOVICO: Hiciéralo, a no pensar  
que me engañáis. Sabéis mucho;

convencéisme, si os escucho.

Mis celos me hacen dudar  
de que olvidando a Isabela,  
queréis ya bien a Leonora.

ENRIQUE: Ella saldrá por fiadora  
de que no hay en mi cautela;  
preguntadla si escribió  
ella misma ese papel,  
y si las palabras de él  
Isabela las notó,  
y perderéis el recelo  
que tenéis, marqués, de mí.

LUDOVICO: Si yo llamarla te oí,  
"Leonora, mi bien, mi cielo"  
Cuando de ti se apartó,  
¿no he de juzgar que la adoras?

ENRIQUE: Como la ocasión ignoras  
que tu mudanza la dio,  
tuerces, marqués, el sentido.  
Publicaste por su amante,  
y cuando me ves delante,  
honrado y favorecido  
de Isabela, a hablar con ella  
vas, y dejando a Leonora,  
causas celos que hasta agora  
agravian tu vida bella.  
Viendo el desprecio, a sus ojos,  
juró vengarse de mí  
que ocasión de amarte fui,  
y agora de sus enojos.  
Amenazóme por esto  
que al duque había de decir  
nuestro amor, y descubrir  
cuanto la hizo manifiesto  
nuestra necia confianza;  
y así, lleno de recelo,  
la llamé "mi bien, mi cielo,"  
por aplacar su venganza.  
Mira cuán diverso fue  
de la verdad tu sentido!

LUDOVICO: Alto, yo estoy convencid.  
A ver a Leonora iré,  
y si verdaderas son  
las disculpas que me bas dado,  
y mi amor le da cuidado,  
yo le pediré perdón,  
cumpliendo del duque el gusto  
que hoy me quiere desposar  
con ella.

*Vase LUDOVICO*

ENRIQUE: ¿En qué ha de parar  
tanto enredo, Amor injusto?  
Sacadme ya de cuidado.  
¡Mal haya el amante, amén,  
que a quien jamás quiso bien,  
ama por razón de estado!

*Sale LEONORA*

LEONORA: Gran peligro, Enrique, corre  
tu vida, si no te ausentas;  
y en ausentándote tú,  
me puedes llorar por muerta.  
El duque lo sabe todo;  
vendido nos ha Isabela;  
mis desdichas y su aviso  
aumentaron sus sospechas.  
Véte, Enrique de mis ojos,  
que peligra tu cabeza.  
Mas ¡ay, de Leonora triste,  
si te partes y la dejas!  
Estas razones de estado,  
que en el del amor violentas,  
engañan tanto estadista,  
nuestro amor vuelven tragedia.  
Por asegurar al duque,

te dije, que no debiera,  
que amar fingieses mi hermana;  
hechizóle tu presencia.  
Si de burlas la serviste,  
encendiéronse de veras  
rayos de su voluntad,  
y abrásanla sus centellas.  
Celos, mi Enrique, la obligan,  
creyendo que la desprecias,  
a mujeriles venganzas.  
¿Quién podrá librarte de ellas?  
¡Mal haya la dama, amén  
que ocasiona con su prenda  
voluntades tornadizas,  
a toda ocasión dispuestas!  
Véte, esposo; amores, véte  
antes que el duque te prenda.  
No te despidas, excusa  
palabras en llanto envueltas;  
que si por verte partir  
mudo, mi bien, me atormentas,  
¿qué han de hacer ponderaciones  
animadas con ternezas?  
¿Qué aguardas?

ENRIQUE:                    ¡Ay prenda cara!  
¡Y qué caro que me cuesta  
amar por razón de estado.  
No dilates con mi ausencia  
mi tormento; aquí es mejor  
muriendo, mi bien, que tengan  
fin mis males con mi vida.

LEONORA:    No, amores, vive tú y deja  
a tu esposa prolongados  
siglos de llantos y penas;  
doblarán ausencias tuyas  
con mi luto mis tristezas.  
Pero llévame contigo...  
mas no, que el honor recela  
licenciosas invectivas  
del vulgo, monstruo de lenguas.

Vete, adiós, no aguardes más.

Moriréme si te quedas.

No me abracés ni repliques.

Vete antes que el duque venga.

ENRIQUE: Si tú, amores, de eso gustas,  
adiós.

LEONORA: Adios. Oye, espera.

¿Tan secamente te partes?

¿No me abrazarás siquiera?

¡Sin decirme una palabra,

sin una mano, una muestra,

un suspiro, un ay, un voyme,

con que piense que te pesa!

¡Ah, ingrato!

ENRIQUE: Pues, dueño mío,  
si me enmudeces la lengua,  
si, sin despedir, me mandas  
partir, ¿de qué formas quejas?  
¡Plegue a Dios, aunque te enojés,  
si, aunque más peligros tema  
del poder, que estando airado  
no halla a furias resistencia,  
de este puesto me ausentare,  
donde inmóvil como piedra,  
a desdichas dé venganzas,  
antes de morir te vea  
en los brazos del marqués.

LEONORA: Tengo el alma, mi bien, llena  
de ciegas contradicciones;  
no te espantes que esté ciega.  
Pero ya que no te partes,  
porque tu vida entretenga  
plazos que la muerte acorta,  
engañemos a Isabela.  
Finge, pues te adora, amarla,  
satisface a sus sospechas,  
dila mil males de mí,  
escribela mil ternezas.  
Anda, nótala un papel;  
que yo quiero ser tercera

esta vez contra mí misma.  
Yo te traeré la respuesta.  
Yo la diré, Enrique mío,  
que como por bien lo tenga,  
seré del marqués esposa,  
porque tú suyo lo seas.  
Podrá ser que de esta suerte  
reducir al duque vuelva,  
diciendo que se engañó.  
¡Buena traza, Enrique, es ésta!  
Anda, y trae el papel luego.

ENRIQUE: Mi bien, ¿por qué me encomiendas  
cosas de que ha de pesarte,  
si me has de reñir por ellas?

LEONORA: No hayas miedo, date prisa.  
Yo gusto de ello. ¿Qué esperas?  
De mí le escribe mil males.

ENRIQUE: Mira bien, esposa bella,  
lo que me mandas.

LEONORA: Acaba.

ENRIQUE: Yo voy, pero ¿si te pesa,  
y lo que dije de burlas,  
me lo atribuyes a veras?

LEONORA: No tengas temor.

ENRIQUE: Voy, pues

LEONORA: Oye. ¿Es posible que llevas  
ánimo de decir mal de mí?

ENRIQUE: ¿No me lo aconsejas?

LEONORA: Pues ¿sabráslo tú decir?

ENRIQUE: No sé. Extraña estás.

LEONORA: Ve, y deja  
para necios mis temores;  
que toda celosa es necia.  
Mira que te espero aquí.

ENRIQUE: Luego vuelvo.

LEONORA: Oye. No seas  
criminal contra tu esposa;  
cuando digas faltas de ella,  
blanda la mano, mi Enrique.

ENRIQUE: Ya no quiero escribir letra.

LEONORA: Sí, sí, escribe, que es forzoso;  
pero, Enrique, no quisiera  
que te saborearas tanto  
escribiéndola finezas,  
que las que al papel hurtares,  
guardes a la cabecera.

ENRIQUE: ¡Oh, qué extraña que estás hoy!

LEONORA: Son dulces palabras tiernas,  
y a quien anda entre lo dulce,  
mi bien, algo se le pega.

ENRIQUE: Pues dejémoslo.

LEONORA: Eso no.  
Ya te digo que estoy necia  
vé, no me digas palabra;  
que te diré mil simplezas.

*Vase ENRIQUE. Sale ISABELA*

ISABELA: Poco la sangre te obliga  
para que seas humana  
conmigo; llámasme hermana,  
y hácesme obras de enemiga.  
Túvome el marqués amor,  
y usurpásteme al marqués;  
persuadísteme después  
que a Enrique hiciese favor  
porque así le diese celos,  
y tus consejos seguí;  
Celos al marqués le dí,  
a Enrique di el alma. ¡Ay cielos!  
¡Qué mal hice! ¡Y qué mal haces,  
pues mi muerte solícitas!  
Al uno y otro me quitas,  
y a ninguno satisfaces.  
Leonora, acabemos pues,  
y sepamos a quien amas  
si Enrique aumenta tus llamas,  
déjame libre al marqués;  
si el marqués te está mejor,  
desocúpame a mi Enrique.

LEONORA: ¡Tuyo! ¿Cómo?

ISABELA:               No fabrique  
nuevos enojos tu amor.

    El duque intenta casarte  
con Ludovico, Leonora.  
Celosa de que te adora,  
quise desacreditarte  
    diciéndole que admitías  
de Enrique nuevos deseos,  
y con iguales empleos  
a su amor satisfacías.

    Indignado el duque está  
contra Enrique y contra ti,  
y como no sea por mí,  
su vida peligrará.

    Haz por mí y por él, Leonora,  
una cosa solamente.  
Ser mi esposo le consiente;  
da al marqués la mano agora;  
    que siendo Enrique mi esposo,  
y haciéndole desterrar,  
daré al enojo lugar  
del duque que está furioso;  
    y estando ausente, podremos  
hacer este estorbo llano,  
y apaciguando a mi hermano,  
a Cleves le volverémos.

    Nada arriesgas, si al marqués  
quieres tanto como dices;  
que sus bodas solenices  
y apoyes la mía después.

    Mira, hermana de mi vida,  
que estoy por Enrique loca.

LEONORA:     Pues no te cabe en la boca,  
bien muestras que estás perdida.

    Por mí, hermana, más que luego  
os caseis. ¿Mas sabes tú  
que querrá Enrique?

ISABELA:               ¡Jesú!  
Téngole de amores ciego.  
    Júrame tú de callar

a mi hermano lo que pasa,  
verás cuán presto se casa  
conmigo.

LEONORA:           ¿Y él da lugar  
a eso?

ISABELA:           ¿Pues no te digo  
que á no recelar de tí,  
ya me hubiera dado el sí?  
La duquesa sea testigo,  
que por la merced que me hace,  
nuestros amores alienta.  
(Amor, haced, aunque mienta,    Aparte  
pues Enrique os satisface,  
que me le deje Leonora.)

LEONORA:    En fin, ¿Enrique te quiere?

ISABELA:    Ya te digo que se muere,  
si no me ve de hora en hora.  
    ¿Qué papeles no me ha escrito?  
    ¿Qué noches no me ha rondado?  
    ¿Qué versos no me ha enviado?  
Quiéreme, hermana, infinito;  
    sólo dice que te debe  
    más antigua obligación,  
y que por esta razón  
está dudoso.

LEONORA:           (¡Oh aleve!)           Aparte

ISABELA:    Leonora, haz lo que te digo.

LEONORA:    Ese Enrique es todo engaño,  
hermana; más ha de un año  
que está casado conmigo.

*Vase LEONORA*

ISABELA:    ¿Un año? ¡Buen desatino!  
pero--¡ay cielos!--que sí hará,  
pues de Belpaís está  
su quinta y monte vecino,  
    donde el crüel se retiró.  
Mudemos, alma, deseos;

dejemos locos empleos.

Leonora se declaró.

Si su esposo ha un año que es

Enrique, de su mudanza

ya el marqués me da venganza.

Perdonad, alma, al marqués.

Volvedle otra vez a amar;

que si, en fe de que esto ignora,

hasta aquí sirvió a Leonora,

viendo ocupado el lugar

que creyó adquirir en vano,

por fuerza me ha de querer.

¡Ay Leonara! ¡Al fin, mujer!

¡Ay Enrique! ¡Al fin, villano!

*Sale LUDOVICO*

LUDOVICO: Ya que el cielo determina

mi vida, Isabela hermosa,

y no podéis ser mi esposa,

sed siquiera mi madrina.

El duque con vuestra hermana

me casa; ella lo ha pedido.

Lo que con vos ha perdido,

con Leonora mi amor gana.

Ni me desposa una quinta,

donde su flor os regala,

ni mi amor rejas escala,

ni es mi tercera una cinta,

de papeles estafeta

que el ingenio y el temor

cuelgan, pagando el honor

los portes. Vos sois discreta,

discreto esposo escogistes,

puesto que no vuestro igual.

Amor de sí es liberal;

por eso el alma le distes.

Pues mi suerte se mejora,

la vuestra se multiplique,

siendo vos dueño de Enrique,  
y yo esposo de Leonora.

ISABELA: Marqués, ¿qué escalas son éstas  
que dos veces os he oído?  
¿Qué quinta tercera ha sido  
de aficiones descompuestas?  
¿Estáis en vos? ¿Qué decís?

LUDOVICO: Estoy yo muy obligado  
a Enrique, que me ha fiado  
secretos de Belpaís;  
de quien hace él confianza,  
bien la podéis vos hacer.  
Ya sé que sois su mujer;  
que esto en fortuna se alcanza.

Razones de carta rota  
he visto ya, donde en suma  
Leonora aplicó la pluma  
y vos pusistes la nota.

Si ya Enrique me contó  
el modo con que os hablaba  
cuando en Belpaís entraba:  
la escala que malogró,  
el duque, y todo el suceso,  
hasta darle vos la mano  
de esposa, si cortesano,  
por librarle estuve preso.

¿Qué intentáis con encubrir  
lo que sabe el duque ya?  
A vuestra hermana me da;  
baste, Isabela, el fingir;  
que yo ni puedo ni quiero  
desazonar vuestro amor,  
sino ser más servidor  
vuestro desde hoy, que primero.

ISABELA: Marqués, marqués, sí estáis loco.  
Echad la culpa al jüicio  
y no deis villano indicio  
de que me estimáis en poco;  
que si, como no lo creo,  
Enrique alevoso y vil,

tan traidor como sutil,  
agravia ni aun el deseo  
    que jamás contra mi honor  
dio torpe licencia al gusto,  
duque hay en Cleves que justo  
dé castigo a ese traidor;  
    y si por Leonora bella  
a Enrique hacéis ese engaño,  
andad, que más ha de un año  
que está casado con ella.

*Vase ISABELA*

LUDOVICO:      ¿Con Leonora? ¡Otra maraña!

Pero ¿por qué dudo de esto,  
si es testigo manifiesto  
su papel de que me engaña?  
    ¡Notable embelecador,  
en enredos graduado!  
Cuantas ciencias ha estudiado  
emplea contra mi amor.  
    Ya no hay callar, ¡vive el cielo!  
Yo he de decirle quién es  
al duque, porque después  
muera con él mi recelo.  
    ¡Casado de en hora en hora!  
¿Hay más confusa cautela?  
¡Ya marido de Isabela,  
y ya esposo de Leonora!  
    No osaré ya querer bien  
a otra dama, aunque sea bella;  
que temeré que con ella  
se me ha de casar también.

*Vase LUDOVICO. Sale el DUQUE*

DUQUE:          ¿Persuadiréme a creer  
que la duquesa me agravia?

No; que es la duquesa sabia;  
sí; que si es sabia, es mujer.  
No se había de ofrecer  
a decir lo que no vio  
Leonora. ¡Confuso yo,  
cuyas imaginaciones,  
entre las contradicciones,  
padecen de un sí y un no!

El marqués a Enrique acusa  
de que es de Leonora amante,  
con cargo semejante,  
cuando él le culpa, le excusa.  
Dar a Isabela rehusa  
la mano por entender  
que es, en su ofensa, mujer  
de quien escaló su honor;  
y aunque me encubre el autor,  
pienso que Enrique ha de ser.

Pues siendo Enrique, si adora  
a Leonora, y se averigua  
del papel que lo atestigua,  
¿qué teméis, honor, agora?  
¿Tiene de amar a Leonora,  
y a mi esposa juntamente?  
No os posible; Leonor miente.  
¡Caso extraño! ¡Que la culpa  
sirva a Enrique de disculpa,  
y yo defenderle intente!

¿No es mejor matarle en duda  
que no averiguar agravios?  
No, temores, sed mas sabios  
mientras mi afrenta esté muda.  
La verdad anda desnuda;  
mal se me podrá ocultar.  
Prudencia, hacer y callar;  
que honor que averigua enojos,  
orejas es todo y ojos,  
mas no lenguas con que hablar.

*Sale ENRIQUE, sin ver al DUQUE, con una carta en la*

*mano*

ENRIQUE: Si Leonora aguarda aquí,  
como dijo, este papel,  
a Isabela engaño en él.  
Lo que me dijo escribí.  
Pero el duque es éste. ¡Ay cielos!  
Si ve lo que aquí la escribo,  
a su rigor me apercibo.

DUQUE: (¡Qué filósofos sois, celos! Aparte  
Mil cosas conjeturáis,  
todas contra mi sosiego.)  
Enrique.

ENRIQUE: Gran señor...

DUQUE: Ciego,  
pues que no me veis, estáis.  
¿A qué venís? ¿Qué papel  
es ése?

ENRIQUE: Es cierta consulta  
que en beneficio resulta  
de vuestra alteza.

DUQUE: Si en él  
hay cosas de mi servicio,  
dadle, secretario, acá.

*Turbado*

ENRIQUE: Señor...

DUQUE: ¿Qué dudáis?

ENRIQUE: No está  
sacado en limpio.

DUQUE: (Otro indicio. Aparte  
Sospecha, ¡qué poco a poco  
verdades vais descubriendo!)  
Dadle acá, que ver pretendo  
lo que contiene.

ENRIQUE: (¡Amor loco,  
con mi vida acabáis hoy.

*Dale el papel. El DUQUE lo lee*

DUQUE: *"El veros, señora mía...*

*¿Hay consultas en poesía?*

ENRIQUE: Si la edad verde en que estoy,

pide a la amorosa llama

que a su fuego dé motivo,

no se indigne en ver que escribo

disparates a mi dama,

ni pase más adelante

vuestra alteza. Rasguelé.

DUQUE: ¿Que le rasgue? ¿Para qué?

Yo también he sido amante.

*Lee*

*"El veros, señora mía  
favorecer mi bajeza,  
pues por vos me díó su alteza  
tantos cargos en un día,  
ocasiona mi osadía,  
puesto que no a mereceros..."*

(¡Ay recelos verdaderos!      *Aparte*

*Ya ¿de qué sirve encubriros?)*

*Lee*

*"...a lo menos a escribiros,  
la vez que dejo de veros.*

*Sospechoso el duque está  
con razón, de que os adoro.*

*Ni amor le pierde el decoro;*

*mas si es ciego, ¿qué no hará?*

*Por vos se asegurará*

*si sospechas desmentís*

*y segura os persuadís*

*de que a pesar de Leonora,  
en vos sola mi alma adora  
desde que os vio en Belpaís."*

*Saca la espada*

De tu castigo, villano,  
he de ser ejecutor;  
que no se venga el honor  
sino con su propia mano.  
¡Tú, atrevido, tú, tirano,  
tú a la duquesa papeles?

ENRIQUE:    ¡Señor! ¡Señor! (¡Ay crüeles    Aparte  
                  peligros de un desdichado!  
                  ¡Oh, amar por razón de estado  
                  ¡Qué de males causar sueles!)  
                  ¿Papeles yo a la duquesa?

DUQUE:       Pues tú, desleal, ¿a quién...

ENRIQUE:     Que me des la muerte es bien;  
                  pero mi culpa no es ésa.  
                  Oye, mientras te confiesa  
                  mi atrevimiento mi insulto;  
                  que puesto que dificulto  
                  mis amores declararte,  
                  cuando importa asegurarte,  
                  no ha de haber secreto oculto.  
                  Yo ha un año que de Leonora  
                  soy esposo, yo llevé  
                  la escala, yo te quité  
                  la espada al nacer la aurora.  
                  Esto es verdad.

DUQUE:                No lo ignora  
                  el marqués; que aunque calló  
                  tu nombre, eso me contó.  
                  Mas ¿por qué, si es verdad ésa,  
                  finges amar la duquesa?

ENRIQUE:        ¿Yo la duquesa? ¡Eso no!

DUQUE:            ¿Pues...?

ENRIQUE:         Isabela.

DUQUE:                   ¿A qué efeto?

ENRIQUE:    Leonora me lo ha mandado;  
                  que en esta razón de estado  
                  estribó nuestro secreto.  
                  Por este medio indiscreto  
                  fingió que amaba al marqués.

DUQUE:       Dime, pues, ¿para quién es  
                  este papel?

ENRIQUE:       A Isabela  
                  se le escribe mi cautela,  
                  porque creyendo después  
                  que a Leonora ahorrecía,  
                  de quien ha estado celosa,  
                  tu sospecha rigurosa  
                  aplacase.

DUQUE:           (¡Ay honra mía!       Aparte  
                  La verdad ha sido el día,  
                  que deshaciendo el nublado  
                  de tanto engaño y cuidado,  
                  mi quietud descansa en vos.)  
                  En fin, Enrique, ¿los dos  
                  amáis por razón de estado?

ENRIQUE:       Pues su alteza me habla así,  
                  no está indignado conmigo.

DUQUE:        Enrique, si te castigo,  
                  vendré a castigarme a mí.  
                  Desde el punto que te ví,  
                  por oculta simpatía  
                  te quiero bien. Tu osadía  
                  te ha dado en favorecer.  
                  Hoy mi cuñado has de ser;  
                  dicha es tuya, piedad mía.

ENRIQUE:       Sellen tus pies estos labios,  
                  que no hallan ponderaciones  
                  a tantas obligaciones,  
                  y a más callar, son mas sabios.

DUQUE:        Ansí castigo yo agravios.

*Salen la DUQUESA y RICARDO*

DUQUESA: Participad, gran señor,  
de mi dicha. Un sucesor  
el duque mi padre tiene  
en Cleves, y por él viene  
a vernos.

DUQUE: ¡Tanto favor!

DUQUESA: A mi padre sucedía,  
por excluir las mujeres  
Lotingia, el de Niveres;  
mas muerta la madre mía,  
a un hijo que Cleves cría,  
y por no causarla celos  
encubren aquí los cielos,  
es el que ahora viene a ver.

DUQUE: ¡En Cleves! ¿Quién puede ser?

RICARDO: No multipliquéis desvelos;  
que ése es Enrique, señor,  
que por padre me ha tenido.

ENRIQUE: ¿Quién? ¿Yo?

DUQUESA: ¡Ay hermano querido!  
No en vano te tuve amor.

DUQUE: Vuestra presencia y valor  
no menos me prometía.

ENRIQUE: ¡Tantas dichas en un día!

DUQUE: Disculpada está Leonora  
pues tales prendas adora,  
y aumentada mi alegría.

*Salen LEUNORA, ISABELA, y LUDOVICO*

LUDOVICO: Señor, si Enrique no muere,  
no aseguraréis vuestro honor.

ISABELA: Poco me estimáis, señor,  
mientras Enrique viviere.

LEONORA: Amante que a tantas quiere,  
digno es, señor, de castigo.  
Dale muerte, si os obligo.

ISABELA: De Enrique estoy ofendida.

LUDOVICO: Enrique pierda la vida.

LEONORA: Vengadme de ese enemigo.

DUQUE: ¿De vuestro esposo, Leonora?

DUQUESA: Isabela, ¿de mi hermano?

¿Vos, marqués, tan inhumano,  
con quien Lotingia adora?

LUDOVICO: ¿Cómo es eso, gran señora?

DUQUE: Todo vuestro enojo cesa  
por la más dichosa empresa,  
que a Cleves pudo venir.  
Salgamos a recibir  
a vuestro padre, Duquesa;  
que después sabréis el cómo  
de estas enigmas los tres.

DUQUESA: Duque Lotingio es  
Enrique mi mayordomo.

ENRIQUE: Y vos ya mi esposa.

LEONORA: ¿Cómo?

ENRIQUE: Este fin el cielo ha dado,  
después de tanto cuidado  
al amor nuestro, mi bien  
y aquí le tiene también  
amar por razón de estado.

**FIN DE LA COMEDIA**